

SUMARIO

ESTUDIOS

- **Ayer y hoy de las parábolas.**
Francisco RAMÍREZ FUEYO, SJ 189
- **La difícil sencillez de las parábolas.**
María TABUYO 201
- **Los relatos cinematográficos:
parábolas de nuestro tiempo.**
Isabel ROMERO TABARES 213
- **«Dios expone parábolas a los hombres».**
María José ARANA, RSCJ 224

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

- **Solidaridad, ¿cómo?. Comunidades de solidaridad,
o el estilo del sector social.**
DELEGACIÓN DE ACCIÓN SOCIAL (Provincia de Castilla SJ) 237

LOS NOMBRES DE DIOS

- **3. Dios Misterio.**
Pedro RODRÍGUEZ PANIZO 241

LOS LIBROS

- **Recensiones** 253

PRESENTACIÓN

LA SABIDURÍA DE LAS PALABRAS

Vivimos en una cultura en la que existe una enorme brecha entre el saber racional-empírico-científico-técnico, por un lado, y los saberes cotidianos, por otro. Lo científico se mueve, desde hace siglos, bajo el paraguas de lo positivo. Durante largas décadas, este pensamiento positivo quiso teñir todos los espacios de reflexión y práctica social. Sin embargo, hoy en día esto queda para minorías o para ámbitos especializados. Lo vivencial, en cambio se ha visto asaltado, en las últimas décadas, por otras sensibilidades: estética, afectiva, lúdica, intuitiva... Algunos de los discursos generados por estos nuevos enfoques aportan grandes valores. Sin embargo, muchas de estas sensibilidades degeneran en discursos huecos y en tramposas cortinas de humo.

¿Cómo transmitir, explicar, justificar hoy la fe? ¿Cómo evangelizar? Ciertamente, es importante un punto de modo y orden, de pensamiento coherente, de lógica. La reflexión creyente, especialmente la teología en muchas de sus líneas, ha cubierto y cubre la primera dimensión de ese saber (racional, positivo, lógico). Sin embargo, en este tiempo de discursos alternativos es importante incidir en formas de presentación de nuestra fe que den otro tipo de respuestas que la gente sigue demandando. Ahí es precisamente donde pueden tener cabida las parábolas y la sabiduría que ellas encierran.

Francisco Ramírez abre el número con su artículo «Ayer y hoy de las parábolas». Tras presentar una respuesta a la pregunta «¿Por qué habló Jesús en parábolas?», ofrece diversas claves y criterios de comprensión de las parábolas de Jesús (su clasificación, modo de leerlas, etc.). Finalmente, centra su reflexión en la pregunta por el significado de las parábolas de Jesús y por el modo de hacer más comprensible y provechosa hoy la gran riqueza que encierran.

¿Se sigue escribiendo hoy en parábolas? ¿Tienen algo que ver las nuevas parábolas de hoy con las parábolas de Jesús? ¿Qué puede y debe hacer el lector, el oyente de nuestro tiempo, para comprender unas y otras, para captar el mensaje que ambas parecen transmitir? *María Tabuyo* intenta responder a éstas preguntas tan actuales en su colaboración, «La difícil sencillez de las parábolas».

Nuestra cultura contemporánea se nutre de parábolas. Vivimos ansioso relatos, grandes relatos que nos abran horizontes. Una esfera donde esta realidad se hace especialmente visible es el cine. *Isabel Romero* presenta algunos relatos cinematográficos modernos como parábolas de nuestro tiempo («Harry Potter», «El Señor de los Anillos», «Matrix», «La guerra de las galaxias»). Junto a ello, ofrece reflexiones sobre la capacidad de los relatos cinematográficos para transmitir sabiduría y configurar y transformar la vida de tantas personas, sean éstas jóvenes o mayores.

¿Son las parábolas un *recurso común* en todas las culturas? ¿Favorecen o dificultan la comprensión recíproca en una época de multiculturalismo y de diálogo interreligioso? Acompañado e ilustrado por numerosas parábolas de culturas diferentes, *María José Arana* facilita al lector un viaje a través de diversos mundos, en los que puede encontrar mucha y gran sabiduría. Al mismo tiempo, recuerda que las parábolas son una ayuda inestimable en todas las religiones para responder a la pregunta común que éstas se plantean: ¿dónde está Dios?

ESTUDIOS

Ayer y hoy de las parábolas

Francisco RAMÍREZ FUEYO SJ*

Por qué habló Jesús en parábolas

En una ocasión el hijo del hombre, el profeta Ezequiel, recibió un extraño mandato del Señor: «Profetiza al bosque austral... voy a prenderte un fuego que devore tus árboles verdes, tus árboles secos...». El profeta entiende que es enviado a Jerusalén y a su templo, pero teme que esta profecía simbólica sea recibida con desprecio o con guasa, y responde al Señor: «¡Ay, Señor! Van diciendo de mí: “No es más que un recitador de parábolas”» (Ez 21,5). El Señor se deja entonces de parábolas y, con toda claridad, pronuncia un oráculo terrible: «Aquí estoy contra ti, desenvaino la espada para extirpar de ti a inocentes o culpables...».

¿Por qué habló el Señor primero mediante una parábola? ¿Quizá para, mediante la imagen, hacer entender la amenaza que se cierne sin provocar una reacción negativa antes de tiempo? ¿Quizá para dar tiempo al arrepentimiento? ¿Es el oráculo de condena una simple traducción de la parábola, o ésta posee una fuerza y una intención distinta de las de aquél?

Algo así hizo Natán con David cuando le puso ante la gravedad de su pecado con Urías mediante una parábola (2 Sam 12,1-4). El famoso «tú eres ese hombre» sólo llega cuando David se ha enfurecido con-

* Profesor de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia Comillas. Director de la revista Estudios Eclesiásticos. Madrid.

tra ese crimen que ha contemplado desde una posición de observador imparcial. La parábola ha despertado en el rey el sentido de justicia que hasta entonces estaba reprimiendo o engañando. La parábola le ha sacado momentáneamente de la realidad para devolverle a ella de un modo que, atacado directamente, habría, como buen guerrero o político, esquivado.

La misma pregunta le hicieron a Jesús en una ocasión: «¿Por qué les hablas contando parábolas?» (Mt 13,10). La respuesta no pudo ser más inesperada; la citamos en su forma más «dura», la de Marcos: «A los de fuera todo se les propone en parábolas, de modo que por más que miren, no vean; por más que oigan, no entiendan; no sea que se conviertan y sean perdonados» (Mc 4,11-12).

Es posible que en el momento en que escriben los evangelistas, con la experiencia de que la mayoría de los judíos no han aceptado a Jesús como Mesías, se haya puesto el acento en el carácter misterioso y oculto de su predicación y de sus parábolas. También cabe una traducción más amable del dicho de Marcos: «Para los que están fuera todo es misterioso, de modo que (como está escrito) ven y no ven, oyen y no entienden; que se conviertan, pues, y Dios los perdonará» (Felipe F. Ramos, *El Reino en parábolas*, Salamanca 1996, p.96). Sin embargo, es cierto que las parábolas de Jesús parecen tener esa doble dimensión: oscura para los de fuera, transparente para los de dentro. La cuestión es quiénes están fuera, y quiénes dentro. Dicho de otro modo: los de dentro son los que entran; los de fuera, los que no entran. Las parábolas no bendicen lo que uno ya es, sino que invitan a participar del reino de Dios que inaugura Jesús. Pero vayamos por partes.

¿Por qué habló Jesús en parábolas? La respuesta parece bastante obvia: porque era un modo habitual de enseñar entre los maestros de su tiempo; porque era un género literario abundante en la literatura bíblica; porque era, en fin, un modo de enseñanza especialmente apto para dirigirse a gente sencilla y sin mucha formación, como eran los que le seguían. Podemos desarrollar algo estas afirmaciones.

La parábola –en hebreo, *mashal*– no se limita, ni en el AT ni en el NT, a un género de narraciones. Tanto «parábola» como *mashal* se emplean para hablar de alegorías, proverbios, sátiras, metáforas, dichos, paradojas, etc. No sólo hallamos parábolas en la mayor parte de los libros bíblicos: el libro de los Proverbios no es otra cosa, en hebreo, que el libro de las «parábolas (*mashal*) de Salomón». En ese sentido, es verdadero el que Jesús «sin parábolas no les exponía nada» (Mc 4,34).

No fue Jesús el único en emplear parábolas. También los rabinos emplean abundantemente las parábolas. Las que nos han llegado son de época posterior a la de Jesús, pero podemos suponer que buena parte de ellas provienen de aquellos tiempos.

Se podrían citar ejemplos similares a las parábolas del Nuevo Testamento, y la conclusión sería la misma: como parábolas, no hay diferencias sustanciales entre las de Jesús y las de los rabinos. A no ser que pensemos que los rabinos imitaron el estilo de Jesús (no el de los primeros cristianos, pues el género parabólico, curiosamente, no fue cultivado después de Jesús y de los evangelistas, por sus seguidores), debemos pensar que Jesús enseñó usando parábolas similares, tanto en la narración como en los motivos, a las que usaban los maestros de su tiempo (fueran fariseos u otro tipo de sabios judíos, sin excluir la posibilidad de una influencia de la enseñanza de Juan el Bautista). No hay por qué pensar que las parábolas de Jesús eran más ingeniosas, tenían mejores argumentos o imágenes, o eran contadas con más gracia que otras. Tampoco la trama es original. Ni siquiera la perspectiva escatológica, la referencia al mundo futuro, lo es. Entonces, ¿había alguna diferencia?

La diferencia entre las parábolas de Jesús y las parábolas rabínicas, que sobrepasan el millar, no está en el género literario, sino en la función con que fueron empleadas por Jesús. Mientras los rabinos buscan actualizar, explicar mediante alegorías determinados pasajes de la Escritura o de la Tradición, las parábolas de Jesús iluminan la situación concreta en que se vive. Mientras las parábolas rabínicas se dirigen a la construcción de la comunidad creyente, las de Jesús provocan también a «los de fuera», tienen una dimensión apologética y misionera. Si las parábolas rabínicas son contadas en relación con la exégesis y la Escritura, las de Jesús lo son en relación con su persona y su misión. Jesús habla en parábolas, y las parábolas hablan de Él y del Reino que anuncia.

En primer lugar, describir las parábolas

Existen muchas formas de clasificar las parábolas de Jesús. Nosotros no vamos a dar una clasificación, sino una serie de criterios que nos permitan describir cómo es una parábola concreta. Una buena descripción es el mejor modo de empezar a entender algo. Describiendo bien, descubriremos que, según los rasgos a los que atendamos, tal parábola

tiene similitudes con unas u otras parábolas, y podremos también reconocer en ella elementos peculiares, originales.

Hay parábolas que se presentan como comparaciones explícitas, empleando frecuentemente algún tipo de fórmulas introductorias («es como...»: Mt 11,16; 13,44; 13,47; «cuando...»: Mc 13,28; Lc 12,54; preguntas: Mt 14,45; Lc 11,5; frases condicionales: Mt 18,12; 24,43; etc.), y otras cuyo significado, aquello a lo que la parábola alude, no se nos da, sino que debemos sacarlo del contexto (los talentos en Mt 25,14-30).

A veces, las parábolas no son estrictamente comparaciones, sino que presentan modelos de conducta que deberán ser imitados, como el buen samaritano (Lc 10,29-37).

Otras veces falta el aspecto narrativo de la parábola, y queda sólo la imagen, la metáfora o la comparación que es empleada en una frase concisa: el padre que no niega nada a su hijo (Mt 7,9-11) puede ser clasificado como un ejemplo; la frase «médico, cúrate a ti mismo» (Lc 4,23) es un aforismo o refrán; los ciegos que guían a otros ciegos (Mt 15,41) o la «levadura de los fariseos» (Mt 16,6) son metáforas; el ser «astutos como serpientes» (Mt 10,16) es una exhortación que emplea una imagen cercana a las fábulas de animales que han cultivado Esopo o Samaniego.

En ocasiones los mismos evangelistas no se ponen de acuerdo en el modo de denominar los dichos de Jesús. Si para Lucas el pasaje del remiendo nuevo en un paño viejo es una parábola (Lc 5,36), no parece que Mateo o Marcos la tuvieran por tal (Mc 2,21-22; Mt 9,16-17). Lo mismo ocurre con el pasaje sobre el ciego que guía a otros ciegos (comparar Mt 15,14 con Lc 6,39).

Entre la parábola narrativa, cuyo fin es muchas veces inesperado (el buen samaritano, el hijo pródigo, etc.) y el aforismo, se encuentra lo que algunos (como J.D. Crossan) han llamado «parábola extendida». Se trata de aquella parábola o historia que parte de una comparación inicial y se desarrolla en forma narrativa, pero cuyo desenlace es previsible y en cierto modo está presente ya en el planteamiento. Por ejemplo, la casa construida sobre arena o sobre roca (Mt 7,24-27; Lc 6,47-49): desde la primera frase sabemos que una va a derrumbarse, y la otra va a resistir. Estas parábolas suelen emplear el paralelismo anti-tético, contraponiendo dos figuras opuestas (Jn10,1-13; Mt 24,45-51; Lc 12,42-46; 14,7-10; 17,7-9).

En cuanto al mensaje de las parábolas, las hay que insisten en la urgencia de la conversión, en la responsabilidad personal o en la inimi-

nencia del momento final, mientras que otras se fijan más en dos caminos, dos opciones o dos mundos opuestos entre sí; algunas hablan de cómo el Reino crece en lo oculto, y otras de la desproporción entre lo pequeño actual y la abundancia futura; junto a narraciones ejemplares, hallamos también propuestas de valores alternativos.

Con todo ello, ante una parábola evangélica podemos empezar haciéndonos algunas preguntas: ¿estamos ante una narración o ante una imagen o «foto fija»? ¿Se nos dice explícitamente cuál es la realidad aludida por la parábola o debemos adivinarlo nosotros? ¿Se trata de un ejemplo para hacernos entender algo o es un modelo que se nos propone para imitar? ¿Resulta sorprendente el desenlace de la parábola o podemos deducirlo fácilmente de cómo empieza ésta?

Un segundo momento de la descripción, que no vamos a explicar, consistiría en hablar de los personajes que intervienen en la parábola. Suelen ser dos o tres (o dos grupos de personas). En ocasiones hallaremos personajes opuestos, que presentan valores u opciones contrarias. Otras veces la relación es más compleja, como en el caso del deudor despiadado (Mt 18,23-35) que está entre el rey a quien debe una suma inmensa y el criado que le adeuda cien denarios; o como el rico (Lc 16,19-31) cuyo destino se juega en la relación con el pobre Lázaro.

Podemos atender también a elementos narrativos frecuentes en las parábolas, al igual que en casi todo relato popular. Un elemento son las repeticiones: dos veces suplica el mal empleado de Mt 18,23s; dos veces hallamos la confesión del hijo menor en Lc 15 (la segunda vez, interrumpido por el padre); se repiten las disculpas de los invitados al banquete en Lc 14,19s. La repetición confiere un ritmo y crea unas expectativas que a veces no se cumplen, como en la parábola de los talentos en Mt 25,20: esperaríamos que el tercer empleado hubiera, al menos, duplicado el talento recibido. Otro elemento típico es la exageración: ¿es creíble el engruimiento en la oración del fariseo en el Templo, o la enorme deuda del criado, o la desmedida cosecha en la parábola del sembrador?

En segundo lugar, leer las parábolas sinópticamente

Conviene leer en forma sinóptica las parábolas de Jesús para poder comparar cómo han sido recogidas por cada evangelista, qué notas propias les ha dado, en qué contexto literario o en qué momento de la vida de Jesús las ha situado.

Mediante esta comparación se podrá ver cómo ha cambiado la imagen del reino dividido y la casa dividida, de Mc 3,24-25, por la de un reino dividido cuyas casas se derrumban, en Lc 11,17 o en Mt 12,25, donde ya no es sólo un reino y una casa, sino también una ciudad. Descubriremos que es típico de Mateo el componer grandes unidades juntando, por ejemplo, Mt 12,38-45, la exigencia de un signo, el ejemplo de Jonás y la parábola del demonio «de ida y vuelta». Nos sorprenderá el añadido que Mt 22,11-14 hace a una parábola también presente en Lucas: además de los invitados que se han quedado fuera, están los que han venido sin el traje de fiesta, lo cual es un aviso también para los cristianos que han entrado al banquete pero pueden no ser dignos de él.

Comparando Mt 18,12-14 con Lc 15,1-7; 8-10, veremos numerosas semejanzas: en ambos hay una oveja perdida y que es buscada; hay alegría por el hallazgo; se hace una aplicación de la parábola; encontramos palabras y expresiones idénticas. Pero descubrimos también notables diferencias: si en Lucas Jesús comienza interpelando, en Mateo invita a la reflexión. En Mateo la oveja se extravía; en Lucas es el hombre el que la pierde. Lucas insiste en la búsqueda; Mateo sólo la menciona, casi parece que se halla a la oveja de chiripa. Lucas pone más énfasis que Mateo en la alegría del hallazgo, incluso invita a otros a compartir la alegría. Lucas habla en la conclusión de los pecadores y los justos. En Mateo la conclusión es extraña: se insiste en que mejor que no se pierda ninguna oveja. Así, si en Lucas estamos ante la parábola de la oveja perdida y encontrada, en Mateo es la parábola de la oveja que no debe extraviarse. Lucas habla de los pecadores que vuelven, Mateo, de los pequeños de la comunidad que deben ser atendidos.

En tercer lugar, preguntarse por el significado

A lo largo de los siglos, las parábolas de Jesús fueron interpretadas de modo alegórico, es decir, convirtiendo en alegorías lo que en su origen no lo era, o no lo era totalmente. Suele citarse la interpretación del Samaritano que hacen Orígenes, San Agustín y Lutero.

Ciertamente, Agustín no ha dejado una sola piedra por remover en su exégesis alegórica, por otro lado bellísima y llena de sugerencias. Pero este modo de interpretar tiene sus problemas. En primer lugar, es un modo de interpretar «creyente», lo cual es bueno, pero quita a las parábolas su capacidad de «provocar» también a los no creyentes.

En segundo lugar, asocia en exceso unos personajes de la parábola con personajes de la vida real: aceptamos fácilmente que el padre del hijo pródigo es Dios Padre, pero ¿lo es también el rey que se enfada con los que no acuden al banquete o van mal vestidos (Mt 22,1-14)? ¿Quién es el hombre rico y quién el administrador infiel de Lc 16,1-8? Para muchos, el sembrador que esparce la semilla donde no puede dar fruto, o donde los pájaros pueden comérsela, no es un buen sembrador (aunque, según algunos, era frecuente arar después de la siembra, no antes); si el sembrador es Jesús que anuncia la Palabra, ¿es Jesús un mal sembrador?

En tercer lugar, la exégesis alegorizante oscurece el sentido literal de la parábola tal como la contó Jesús o como aparece en los evangelios: en el caso del Buen Samaritano, la parábola es respuesta a la pregunta «¿quién es mi prójimo?»; parece una llamada a romper las barreras culturales, políticas, étnicas, en nombre de la solidaridad; o a anteponer el cumplimiento de preceptos religiosos a la misericordia; o, simplemente, como invitación a pasar de la pregunta «¿quién es mi prójimo?» a «¿para quién estoy yo siendo prójimo?».

Desde A. Jülicher se ha cuestionado aquel modo de exégesis alegórica; quizás en exceso, pues es verdad que un cierto tipo de alegoría ya está presente en el modo en que Jesús cuenta algunas parábolas en los evangelios: el sembrador (Mc 4,3-8; Mt 13,3-8; Lc 8,5-8a) es interpretado alegóricamente por el mismo Jesús a continuación. Aunque esta exégesis no provenga de Jesús mismo, sino de los evangelistas, debe aceptarse que la misma parábola da pie a ella. Algo similar ocurre en la parábola del trigo y la cizaña (Mt 13,24-43) o la de la red (Mt 13,47-48). Aquí valdría lo que escribió ese autor de la gran parábola que es *El Señor de los Anillos*, J.J.R. Tolkien:

«Creo que muchos confunden “aplicación” con “alegoría”; la primera reside en la libertad del lector, la otra en el propósito que domina al autor».

La propuesta de la exégesis moderna, desde C.H. Dodd y J. Jeremias, se aleja de la alegoría y busca el tema o asunto central de la parábola, la propuesta concreta, la verdad que quiere transmitirse, el «tercio de la comparación» que hace posible comparar, por ejemplo, el reino de Dios con un tesoro escondido o con una semilla. Ese significado «literal» de la parábola se halla no sólo atendiendo a la parábola en sí, sino también situándola en el contexto literario y en el contexto histórico de la vida de Jesús en que es pronunciada. Éste es un criterio

en general válido. Este modo de interpretar las parábolas de Jesús rescata la vinculación fundamental de muchas de ellas con el reino de Dios anunciado y ya comenzado. Es también una buena vacuna contra la tendencia a relativizar el significado de las parábolas, a quedarse sólo con su valor estético, a desarraigarlas del Jesús histórico y su misión y a negar –típico de nuestra cultura postmoderna– cualquier valor universal, cualquier verdad objetiva, cualquier anuncio que lleve a la persona más allá de sí misma.

La misma parábola nos da pistas para su interpretación. Ante una parábola, uno puede hacerse preguntas que apuntan hacia ese significado fundamental: ¿cuáles son las palabras más repetidas?; ¿a qué elemento dedica más atención el narrador?; ¿cuál es el contraste fundamental?; ¿qué ocurre al final (pues al final suele aparecer lo más importante)?; ¿qué se pronuncia en discurso directo (también suele ser importante)?; si yo tuviera que contar esta parábola, ¿cómo lo haría?; ¿por qué Jesús la habrá contado de ese modo?...

Aunque en ocasiones la relación entre la parábola y lo «significado» por ella es claro, otras veces deberemos atender al contexto literario para precisarlo. Cada evangelista distribuye y sitúa las parábolas en lugares concretos con una finalidad particular. Siguiendo con la parábola de la oveja perdida, Lucas la hace acompañar de la parábola de la moneda perdida en casa, y después viene la parábola del hijo pródigo. Todo su capítulo 15 adquiere una gran unidad: hay un hijo mayor (fariseos de 15,2) que no quiere compartir la alegría por el hijo menor que vuelve. Ellos (los fariseos), que acusan, se convierten en acusados mediante las parábolas. Buscar y salvar lo que estaba perdido (Lc 19,10) es el programa de Jesús en Lucas. El hijo mayor de la parábola no salió a buscar a su hermano. Jesús es el hermano mayor que salió a buscar al perdido. Hay quienes se pierden lejos (el hijo pequeño, la oveja en el desierto) y quienes se pierden cerca (el hijo mayor, la dracma en casa); pero todos están igual de perdidos, igualmente lejos de Dios.

El contexto literario de Mateo es distinto: en Mt 18,1-14 se ha hablado de los pequeños; la oveja perdida es la conclusión de ese pasaje. Mt 18,15-35 hablará de la comunidad, de la relación entre hermanos. En esta parte, la mayoría de las perícopas son propias de Mateo. Así que Mateo, en el capítulo 18, está estableciendo normas de conducta entre hermanos, donde el pequeño es el hermano pecador. Mateo propugna la reconciliación (18,1.3.4.23), signo de la venida del reino de los cielos.

El contexto histórico donde la parábola se da es también importante para interpretarla. Jesús contó parábolas para responder a una pregunta, para hacer frente a un desafío o a una queja, para invitar a un cambio de mentalidad o para iluminar una situación concreta. Fijarse en la ocasión donde se cuenta la parábola puede situarnos en la misma disposición de escucha que la parábola requiere. Podemos atender al momento histórico de la vida de Jesús: ¿estamos al comienzo o al final de su ministerio?; ¿en Judea, en Galilea o en otro territorio?; ¿ante sus discípulos, ante los doce, ante un público más general, ante adversarios...?

Pero la lectura moderna de las parábolas también tiene sus dificultades y sus riesgos. La reconstrucción del sentido histórico de la parábola es muchas veces discutible, y nos habla más de cómo los evangelistas interpretaron las parábolas de Jesús que del sentido en que el mismo Jesús las empleaba. La búsqueda del «sentido literal», por apasionante que sea, nos deja en el mismo texto, pero no nos lleva a la orilla de nuestra propia vida. Una vez descubierto ese «tercio de la comparación», ese tema que domina la parábola, ¿qué hacer? ¿Basta con buscar entonces «aplicaciones» prácticas a mí o a nuestra vida? Corremos el riesgo de «traducir» las parábolas, incluso de darlas ya interpretadas, de modo que las desposeemos de su fuerza narrativa –algunos dirían «mítica»–, capaz de excitar la imaginación, de movilizar fuerzas y aspiraciones presentes pero ocultas en todos los seres humanos, no sólo en los creyentes.

Tenemos además la dificultad añadida de que muchas parábolas no transmiten un valor ético concreto o una actitud que debemos adoptar: muchas de ellas nos hablan del reino de Dios, que es en sí mismo una realidad hasta cierto punto misteriosa, no una realidad evidente. Algunos han dicho que «la parábola explica un símbolo mediante una metáfora». Por último, ciertas parábolas de Jesús resultan en su sentido literal tan duras que a lo largo de los siglos se han buscado explicaciones más o menos imaginativas para «endulzarlas»: véase, por ejemplo, cómo «el ojo de la aguja», por donde deben pasar los camellos para que un rico entre en el reino de los cielos, se ha transformado en una puerta de Jerusalén, puerta que nunca existió, o el camello se ha transformado en un hilo gordo, siguiendo una variante textual claramente corrupta.

Aquí es donde aparece la necesidad de buscar nuevas formas de acceder no sólo a la sabiduría de Jesús, sino al modo en que esa sabiduría se gesta, se recibe y se transmite; es decir, a las parábolas.

Rescatar el elemento mítico

Por «mito» entendemos muchas veces historias de dioses o héroes, de hadas o seres imaginarios. Por supuesto que estas figuras llenan las páginas de las mitologías. En ese sentido, las parábolas de Jesús poco tienen de mitológico. Más bien las parábolas están llenas de elementos de la vida corriente de la sociedad de Jesús. Si algo destaca en ellas, es su «normalidad»: por ellas desfilan campesinos, hombres y mujeres, viñadores, pescadores, barcas y redes, mayordomos, criados, reyes, hijos, muchachas, pastores, higueras... Todos ellos son personajes anónimos. Algunos elementos, como el tesoro escondido (Mt 13,44) o la perla (Mt 13,45), se acercan algo más a lo que consideramos tradicionalmente como mítico, pero no por ello dejan de ser «realistas». Las parábolas nos sitúan en el mundo de la Palestina del siglo I, con sus estructuras sociales, su mentalidad, sus problemas.

Pero lo central del mito no es la presencia de personajes fantásticos o de situaciones imposibles. Lo central del mito es la fantasía que crea, a partir de elementos reales y otros imaginarios, un mundo fantástico, pero no irreal. No irreal, porque esa fantasía tiene poder para afectar a nuestra realidad, verla desde perspectivas nuevas, aportar valores, impulsos, actitudes distintas... a la vida ordinaria. El mito no huye de la realidad, sino que la transforma y, de paso, transforma a quien participa de él.

El escritor C.S. Lewis, contemporáneo de Tolkien y amigo y colega suyo en Oxford, lo expresa muy bien:

«El valor del mito es que toma todas las cosas que conocemos y les devuelve la riqueza de significado que el velo de la familiaridad nos había ocultado... Poniendo el pan, el oro, el caballo, la manzana, o los mismos caminos dentro del mito, no nos retiramos de la realidad, sino que la descubrimos. Mientras la historia se desarrolla en nuestra cabeza, las cosas reales son más ellas mismas».

El mito, la narración imaginaria, aun sin personajes «míticos», tiene la capacidad de hacer llegar un mensaje que, por otros caminos, no pasa del nivel auditivo o meramente intelectual. Es lo que le ocurrió a David con Natán. El mito es, como dijo un obispo inglés de la obra *El Señor de los Anillos*, «el caballo de Troya del evangelio». Las parábolas de los evangelios tienen menos profusión de detalles, y por ello se nos hacen quizás menos «realistas» que la novela moderna. Pero,

por su brevedad y por el uso de la comparación o la metáfora, se acercan a la fuerza que tiene el lenguaje poético de sugerir sin imponer, de invitar más que de predicar.

En resumen...

Hoy es posible buscar nuevas síntesis y nuevas formas de aprovechar la riqueza, el tesoro escondido en las parábolas del evangelio. No podremos olvidar el trabajo, la lectura atenta y la investigación de las parábolas según los métodos clásicos, pero tampoco dejaremos de buscar nuevos caminos para emplearlas en el crecimiento de las comunidades creyentes y en la evangelización, en hacer llegar el evangelio a todos los seres humanos.

Además de estudiar los textos, hemos de hacerles preguntas, o hacernos preguntas ante él, dialogar con él. Pueden emplearse lecturas dramatizadas o escenificadas. Volver a narrar la parábola desde el punto de vista de diferentes personajes, o haciendo entrevistas a los protagonistas. Expresar artísticamente las parábolas mediante la pintura, la danza, el mimo, la música, el collage, la arcilla... Dentro de la comunidad creyente, debemos explorar formas nuevas (aunque ya sabemos que poco hay de nuevo bajo el sol), leer las parábolas sin perder el valor simbólico y el carácter narrativo que tienen.

Las parábolas no sólo deben ser contextualizadas en el tiempo de Jesús, en la Iglesia primitiva, en el conjunto literario y teológico de los evangelios; deben ser contextualizadas, o re-contextualizadas, en nuestro mundo y en nuestras culturas. No basta con saber qué quería decir Jesús (primer horizonte) o cómo fue entendido por los primeros cristianos (segundo horizonte). Debemos trasladar ese mensaje a nuestro día (tercer horizonte), sin renunciar a la fuerza de la narración y la imaginación que están presentes en las parábolas.

Precisamente en una cultura postmoderna, de radical pluralismo y tolerancia, de ausencia de convicciones comunes, de secularismo dominante, donde el criterio fundamental es la utilidad, lo pragmático, donde se rechaza todo cuanto suena a imposición, o donde suena a imposición cualquier propuesta de verdad, porque para esta cultura a la Verdad simplemente se le niega su existencia, la parábola tiene el poder de evitar los prejuicios. La parábola da un rodeo al cinismo, al escepticismo y al pragmatismo que actúa de barrera en muchas personas, y puede alcanzar y despertar la inquietud por el «misterio» que es sugerido, no impuesto ni explicado.

Pero para ello es necesario dejar que las parábolas sean parábolas, no convertirlas en proposiciones. En segundo lugar, es preciso re-narrar las parábolas, actualizarlas, incluir personajes y detalles reconocibles para el hombre y la mujer de hoy, hacerlas actuales. Por fin, es menester no perder la capacidad de sorprender que tienen muchas de las parábolas de Jesús, con propuestas y desenlaces inesperados, chocantes y provocativos para sus contemporáneos. Dando la vuelta a la cita de Ez 21,5 con la que abríamos este artículo, ojalá seamos capaces de convertir los oráculos de condena que pronunciamos sobre nuestra cultura en parábolas de salvación.

La difícil sencillez de las parábolas

María TABUYO*

«Hay gente que quiere ver a Dios con los mismos ojos con los que ve a su vaca, y quiere amarle como quiere a la vaca: la quiere porque le da leche y queso y le resulta provechosa. Lo mismo sucede con todos los que aman a Dios para alcanzar riqueza exterior o consuelo interior: los que aman así no aman a Dios, sino su propio provecho»

(Maestro ECKHART).

Hace ya unos cuantos años, me sentí desconcertada ante una «nueva propuesta teológica», muy acorde por otra parte con los tiempos, que se presentaba como crítica a la teología existente y como abanderada de otra forma de hacer y, supuestamente, de pensar; se trataba, en teoría, de encontrar un lenguaje más directo, más fresco, más evangélico, frente a los excesos de una teología que, en un extremo, parecía haber abandonado el «teo» para quedarse en «logía», es decir, en tratado, en discurso cada vez más seco y racionalista, cada vez más alejado de lo que debía ser su origen y su objetivo; y, en el otro extremo, se había convertido en un insoportable sermón moralizante con pretensiones de autoridad casi divina. Frente a ellas debía nacer algo nuevo. Y algo nació, aunque no estoy muy segura de su «novedad», por mucho que se presente –o quizá por eso mismo– tan en sintonía con las modas, ligeras y llenas de colorido, de nuestro gran supermercado global: el hallazgo era la parábola. Pero no, que nadie se llame a engaño, no se trataba de las parábolas de Jesús, sino de las nuevas parábolas que en adelante habrían de transformar nuestros corazones de piedra en corazones palpitantes de vida; de las nuevas parábolas, tiernas y conmovedoras, con un guiño aquí y una alusión divertida allá, que hacen que nos

* Arenas de San Pedro (Ávila).

sintamos calentitos y arropados, con un cierto regustillo interior, lo que no consiguen ni Jesús ni el evangelio ni la llamada al seguimiento: se pasaba así, sin mayores problemas, de las parábolas del reino a las parábolas del imperio.

Mercenarios de Dios

Sería injusta si no matizara mis palabras, si no reconociera que existen personas –pocas– con una sensibilidad especial para narrar, para llegar al centro, que saben consolar sin adormecer y despiertan lo mejor que hay en nosotros; pero esas personas no abundan, como tampoco los relatos** decentes, y no es de extrañar. Vivimos en la dictadura de la apariencia: de eso hablo, y no de las excepciones. Es una dictadura aceptada, asumida, tanto más terrible por imperceptible, que impregna no sólo lo exterior, lo visible, sino que encubre con su velo de falsedad hasta lo tenido por más santo, como muestran los innumerables «relatos de sabiduría» que atestan los expositores de los grandes almacenes. La facilidad del modelo y su éxito animan a la imitación. No se pierde el tiempo en pensar que encontrar otro lenguaje puede ser deseable, pero que éste no nace de la nada, no se improvisa a capricho ni todos somos capaces de crearlo (y ello en el caso de que realmente tengamos algo que decir); no basta anunciar que se escribe o se inventa una parábola para que lo escrito, el invento, por mor del deseo, se convierta en parábola. Aparte está el hecho de que, en esto como en todo, la forma no es necesariamente garantía de calidad, y menos de verdad, aunque se la apellide «cristiana»; conviene, por tanto, distinguir, deslindar los campos, y no apresurarse a tragarse el anzuelo edulcorado que nos lanzan por doquier. Porque una cosa es que Jesús enseñara en parábolas, y otra muy diferente que cualquiera se otorgue a sí mismo la autoridad de Jesús, o que, navegando a favor de la corriente y arropado por el mercado, se arroge sin rubor alguno el depósito de una «sabiduría antigua», digerible por todos, pronto convertida en «best seller» y en tema de meditación también para cristianos «comprometidos». Proliferan así los cuentecitos con moralina, aliñados, siempre que las

** Hablo, en general, de «relatos» porque todavía no sé por qué se les denomina parábolas; sí sé, sin embargo, que invaden los centros comerciales y las reuniones de creyentes, pues, al parecer, se están volviendo imprescindibles para quien quiera «estar al día».

condiciones lo permiten, con la dosis conveniente de música relajante, dinámica de grupos o lo que se tercié, con tal de conseguir la consabida dosis de satisfacción y de autoestima; a lo que parece, Jesús y los evangelistas andaban un tanto descaminados.

Las místicas medievales acuñaron la expresión «mercenarios de Dios» para referirse a quienes, so capa de espiritualidad, entremezclando verdad y falsedad, disfrazando la hipocresía, buscan en realidad recompensa «por sus méritos»; hablan de amor, y su amor es un amor mezquino que espera retribución, sea en esta vida, sea en la otra (Hadewijch de Amberes). En ese mismo espíritu escribe el maestro Eckhart, quien, siendo un grandísimo teólogo, sabía al mismo tiempo llenar de hondura y sencillez sus sermones, escuchados por las gentes del pueblo, ofreciendo alivio al afligido sin por ello caer en concesiones vanas.

Dado que la mayoría de nosotros –supongo– no tenemos vacas, podemos sonreír ante sus palabras, considerarlas demasiado primarias, o, simplemente, experimentar una cierta complacencia al sentirnos fuera de su alcance; sin embargo, apuntan de manera certera y dan en el blanco. En realidad, son otra forma de expresar lo ya dicho una y otra vez por Jesús; en la parábola del sembrador, por ejemplo, hablará de *«la semilla que cayó en terreno pedregoso»* y *«es recibida con alegría [consuelo] pero no tiene raíz y, al llegar la tribulación o la persecución a causa del mensaje, en seguida sucumbe»*. O de *«la semilla que cayó entre cardos, que por las preocupaciones del mundo y la seducción del dinero asfixian el mensaje y queda sin fruto»*. Supongo que para los creyentes estará fuera de duda que Jesús no era un sádico ni un masoquista; no lanza anatemas contra la alegría; sucede tan sólo que pone en lugar preferente «el mensaje», precisamente para que esa alegría pueda ser compartida por todos. Y esto es lo que habría que analizar, en vez de lanzarse frívolamente a seguir la moda parabólica. Las parábolas evangélicas son parábolas del reino, y a estas alturas de la historia está por ver que esto del reino sea evidente para todos, o incluso deseable. Las parábolas evangélicas brotan en un suelo, tienen un trasfondo, hay un marco de interpretación, y precisamente a eso se agarran, cogiendo el rábano por las hojas, quienes, sin decirlo abiertamente, con sus hechos las han declarado obsoletas. Sin embargo, el mensaje de Jesús es claro y sigue siendo actual: basta echar una mirada a nuestro mundo; el problema planteado por muchas de las nuevas parábolas, si se las quiere llamar así, es la aceptación acrítica del mito en que vivimos y desde el que interpretamos los referentes, los valores

subyacentes que se transmiten, su mensaje, el objetivo. Examinar estos puntos puede hacernos ver por qué se siguen escribiendo parábolas y qué buscan los lectores –u oyentes, pues con frecuencia, para que todo sea más cómodo y no haya que realizar un esfuerzo excesivo, en el libro se incluye un CD, lo que, de paso, aumenta el precio y las ventas.

El negocio del consuelo

Resulta curioso que se considere tan lejano el mundo de Jesús y, en cambio, se acepten sin reparo orientes y alquimistas, llevando al colmo la seducción de lo banal. Porque si al menos se tratara, por ejemplo, de un sufismo verdadero, o del trabajo laborioso, secreto y entregado del alquimista, la cosa tendría algún sentido. Pero no es eso, se trata de la nueva cocina –introducida vía USA– de los nuevos psicólogos y/o terapeutas, elevados ahora al rango de maestros y que, por desgracia, han creado escuela. Unas palabritas de Jesús, un chistecito de Nasruddín, algo de reencarnación con cierta dosis de karma trivializado, un pelín de advaita más unas gotitas de supuesto zen y una cucharadita de indigenismo, todo ello bien triturado por la psicología más chata y aderezado con un lenguaje del tipo empalagoso: he ahí una buena receta que puede servir para justificar cualquier cosa y que se puede mezclar al gusto del consumidor; el éxito, aunque no sea ésta una categoría muy cristiana, está casi garantizado. Porque –y me parece importante destacarlo, pues es elemento clave– procura «consuelo» en forma de justificación, tranquiliza la conciencia; de ahí su gran aceptación, lo que, evidentemente, no sucede con las parábolas del reino.

La crítica al «consuelo» suele despertar respuestas más bien airadas de quienes, por otra parte, hablan continuamente de amor y paz interior con ese tono melifluo que provocaba náuseas a... no recuerdo ahora si era Käsemann o Bonhoeffer, pero seguro que a ambos, y me sumo a ellos. Tal vez deba aclarar, por si acaso, que no pienso en absoluto que haya que andar todo el día con la lágrima puesta; sucede tan sólo que me repugna el consuelo barato envuelto en palabras bonitas –escasean la verdad y la belleza– y que puede tener resultados perversos. Que la tontería abunde no significa que haya que correr a entregarse en sus brazos.

Pero volvamos a nuestro tema. Si a alguien se le ocurre comparar el «mensaje» de las parábolas de Jesús con las perlas de los «nuevos relatos», encontrará no pocas diferencias: la disponibilidad para la cau-

sa del reino se convierte aquí, sin el menor disimulo, en disposición abnegada a la propia causa gracias al sutil deslizamiento del plano psicológico al plano espiritual; así, con total desvergüenza y para «descubrir la sabiduría que subyace a la naturaleza humana», se lanzan mensajes complacientes, en general nada críticos ni con uno mismo ni con el sistema. Cierto es que no parece conveniente ni saludable pasarse la vida flagelándose, con el cilicio y los complejos clavados en el cuerpo y en el alma; que es necesario sanear culpabilidades y orearse un poco. Pero digo yo que habrá formas de hacerlo que no supongan el grado de estupididad al que hemos llegado, por mucho que el mercado de la espiritualidad y sus consumidores se empeñen en lo contrario. Jesús acogía en su amor a los que a él se acercaban agobiados y aplastados, pero, la verdad, no me lo imagino diciéndoles «déjate fluir», y menos aún respondiendo así a la pregunta del joven rico: «goza, disfruta, te lo has ganado, te lo mereces». Esto no es caricatura y, aparte de ser expresiones literales, refleja los postulados básicos de esa nueva espiritualidad de supermercado; cualquier semejanza con la mística es en ella puro plagio, el cebo lanzado por los mercenarios para conseguir que todo siga igual. Lo malo es que se consume con gusto.

Llegados aquí, y si he de ser sincera, diré que me pregunto si realmente se siguen escribiendo parábolas, si no se confunde la parábola con la alegoría; y, si se escriben, si estas parábolas guardan alguna relación con el evangelio; me pregunto también si todo esto tiene algún interés, pues cada cual ocupa su tiempo libre como le place. Parece evidente que en esta época de frivolidad y desconcierto, de pensamiento débil, se ha sabido unir eficazmente las apetencias del mercado con las apetencias de un consumidor hecho a medida, sin ninguna capacidad crítica; por otra parte, es precisamente la mezcla de verdad y falsedad, junto a la superficialidad del nuevo «producto espiritual», lo que lo hace más nocivo. Y aunque la motivación última y el corazón del ser humano sean siempre un misterio que no podemos juzgar, no por ello se debe dejar de lado cualquier rigor en el análisis. Son muchos los caminos que conducen al centro; pero saltar continuamente de uno a otro, tomar un poco de aquí, otro poco de allá, y tratar de evitar a toda costa cualquier dificultad, suele tener como resultado dar vueltas continuamente a la circunferencia sin avanzar un solo paso en profundidad, y ése es un ejercicio mareante, cuando no pernicioso.

Al defender, como defiendo, la necesidad de conocer y vivir a fondo la propia tradición, de evitar un fácil sincretismo, en absoluto pretendo establecer un «ranking» de religiones; justamente por respeto a

las religiones, a los diversos caminos que nos pueden enriquecer cuando se conocen con un mínimo de seriedad –y eso requiere tiempo y dedicación–, resulta vergonzosa la utilización espuria que de ellas se hace. Y no es de extrañar que lo que se hace impunemente con otras tradiciones se aplique igualmente al cristianismo, banalizándolo hasta extremos insospechados. Es lo que sucede con el asunto de las parábolas.

Si, en vez de parábolas, habláramos, por ejemplo, de poesía, la cosa estaría más clara, y a nadie se le ocurriría redactar un artículo sobre el tema, pues parece evidente que hay buena y mala poesía y que –esto es importante– no cualquiera es poeta; es evidente también que antes de considerar que un poema es «cristiano» habrá que ver, en primer lugar, si realmente es un poema; pero nada de esto parece importar en el caso de las parábolas, y no estaría de más que nos preguntáramos por qué. Cada cual tendrá su respuesta pero para mí, y –lo repito una vez más– hablando en general, no se trata de un juego limpio: las cartas están marcadas desde el principio, tanto por el que reparte juego –el «parabolista»– como por los jugadores; a estas alturas, y a la vista de la situación de nuestro mundo, produce alergia el supuesto candor de los lectores, porque una cosa es que «haya que hacerse como niños» y otra muy distinta creer que eso significa ser [...] o, en otras palabras, que se ha decretado caduco el pensar, por muy cómodo que ello resulte. De ahí la frase de Eckhart; él no escribe una parábola, sino que se limita a poner al descubierto, a denunciar la pretendida inocencia de oyentes «muy espirituales» colocando el marco adecuado, que sirve de espejo. Y el marco es algo que se echa a faltar en los nuevos relatos.

Relatos del sistema

En las parábolas neotestamentarias no se puede separar el fondo –el reino– de la forma ni del contexto. No son reflexiones desvinculadas de la realidad histórica, aunque no sean reflexiones históricas, y apuntan con intención manifiesta a la actitud de los verdaderos seguidores de Jesús en el marco del imperio romano; son una apuesta y un llamamiento, traducen una experiencia y una sabiduría profundas. En ellas, la forma no es accesoria, crea un mundo, una realidad nueva ante la que es preciso tomar una decisión; establecen una relación, se produce un encuentro, o un desencuentro, y actúan sobre el oyente desvelando sus trampas, si las tiene, e impulsando a actuar.

El marco histórico en que surgen los nuevos relatos es, de nuevo, un imperio; pero este pequeño detalle no parece tener demasiada im-

portancia, incluso se diría que sobra, dado que lo que ahora importa es la «paz interior», dejar que cuerpo y emociones fluyan, que la mente fluya, que el dinero fluya, que todo fluya... hasta que, con tanto fluir, se produzca la gran inundación.

Otro pequeño detalle. Cada vez es más frecuente el acceso a tradiciones de otros pueblos, ya no tan lejanos, o a viejas tradiciones nuestras un tanto olvidadas, y existen trabajos valiosos que introducen a ellas; por supuesto, su difusión es escasa. Esos trabajos son un filón explotado a capricho por los nuevos parabolistas que, tomando un poco de allí, un poco de allá, e inventando a su antojo lo que les conviene, se montan un libro o una charlita; este montaje no es nada inocente, pues se debe tener en cuenta cómo y por qué se hace esa selección. A menudo me queda la sensación de que a los de siempre, a los verdaderos desconsolados, es decir, los sin suelo, sin tierra, sin techo, sin nada, tras el despojo y el crimen continuado, se les roba también su tradición, esa tradición en muchos casos oral que sólo con ellos adquiere sentido; y la tradición, sin suelo, se convierte así en mercancía que se vende en función de las apetencias del sistema.

Porque si alguien se toma la molestia de preguntar cuál es la visión del mundo de muchos de esos «nuevos maestros-escritores», qué piensan de la injusticia, de tanto sufrimiento y desigualdad, descubrirá tal vez –esperemos que con espanto e indignación– que su ejercicio de justificación no tiene límites, aunque sí los tenga su capacidad de compasión y de sentido crítico: en el mejor de los casos, la respuesta puede ser un evasivo « acepta la realidad », o alguna reflexión afectadamente caritativa, o, sencillamente, quien pregunta será tildado de agua-fiestas; en el peor, cada vez más generalizado –y aquí se acude a las doctrinas del karma y la reencarnación pasadas por USA–, todo se esclarece a la luz de existencias pasadas, de un mal karma...; en fin, ya se sabe, « algo habrán hecho... » Escribo sabiendo lo que escribo, no me estoy inventando nada; entre los principios de la nueva espiritualidad figuran el éxito y la riqueza material como signo de elevación espiritual, lo digo en serio. Y esos « valores », aunque no siempre aparezcan abiertamente, están por debajo del negocio del consuelo, de ese bonito discurso que tan diligentemente, y con tan poca reflexión, se corre a imitar; claro está que todo esto tiene su recompensa: sólo hay que ver cómo engorda el ego (y a veces el bolsillo) que, en teoría, las nuevas prácticas hacen desaparecer. La psicología de la nueva era, eficaz arma del sistema, disfrazada de mística, tiene estas ventajas para el lector acomodado.

Cierto es que se puede alegar que un análisis de este tipo, además de ser ácido, olvida el bienestar que esas narraciones procuran a sus lectores; en tal caso, ciertamente la discusión sería otra, aunque debo reconocer que nunca pensé que fuera tan imprescindible lo que casi se ha convertido en un eslogan: «ponga un psicólogo en su vida». A este paso, hasta Jesús necesitaría hacer terapia: algo debía de andar mal en él para vivir como vivía, para terminar como terminó; ¡y qué decir de Getsemaní...! Afortunadamente, ésta parece ser una necesidad sólo del llamado primer mundo y de la modernidad (o postmodernidad).

No basta oír para comprender

Sin duda, no todo es negativo, y aquí y allá se siembran semillas de verdad que acabarán dando su fruto. Sin duda existe en el ser humano una carencia, una sed que anhela ser saciada y busca sin descanso cómo hacerlo; por eso mismo es importante, en la medida de lo posible, no conformarse de forma apresurada con los sucedáneos, aunque, evidentemente, hayan de crecer juntos el trigo y la cizaña, pues, lo queramos o no, viven continuamente dentro y fuera de nosotros. Sin embargo, siendo eso cierto, a ningún campesino se le ocurriría sembrar a sabiendas las simientes mezcladas; la cizaña crecerá sin que nadie la siembre, y habrá que esperar el momento de la siega para separar las plantas. Por eso hay que estar alerta, vigilantes, labrar cuidadosamente el terreno en el tiempo oportuno, elegir la semilla apropiada y protegerla cuando el sol más calienta, pues su calor la abrasaría. Tampoco está de más saber algo del campo, de la tierra, amarlos; si no, puede suceder lo que está sucediendo con la nueva moda del turismo ecológico: gusta tanto el campo que, para hacerlo accesible, se talan los árboles, desaparecen las tierras de cultivo, se asfaltan los senderos, se arrasan los bosques... y así, en nombre del campo, campo y campesinos desaparecen; como ya sucedió con la costa, todo está en manos del mercado, también gran parte de la nueva espiritualidad y sus manifestaciones pseudoliterarias. El discernimiento, el verdadero conocimiento de uno mismo, en el que tanto han insistido e insisten los verdaderos maestros, parece desaparecer del horizonte. Sin embargo, hoy como siempre, es fundamental distinguir entre lo que son gustos, apetencias, emociones, caprichos, y el verdadero amor; hay que seguir preguntándose qué es en verdad lo que buscamos, adónde nos encamina el deseo, en qué lugar está puesto nuestro corazón. Y ésta es una responsabilidad del lector, aunque no sólo.

Por alguna razón que se me escapa, el catolicismo parece empeñado desde siempre en renegar de lo más rico de la tradición cristiana, por ejemplo de la mística. En unos casos, mediante la persecución y las alianzas con el poder, se han acallado de manera casi sistemática (existe alguna excepción) esas voces que, precisamente por evangélicas, cuestionaban la pretensión totalitaria de la Iglesia; en otros, se ha rechazado, cuando no ridiculizado y calificado de superstición, todo aquello que no llevara el marchamo científico e ilustrado con «copyright» progresista, es decir, todo lo que fuera más allá de sus narices. En esta situación, no es de extrañar que los mercaderes de turno intenten apoderarse de ese terreno desechado que, a pesar de unos y de otros, existe y reclama lo que es suyo. Lástima que, entre tanta confusión, pululen los que se aprovechan de esa necesidad para administrar el narcótico adormecedor de conciencias...

Afortunadamente, y aunque convenga estar alerta ante tanta manipulación y mercadeo, sigue siendo verdad que quien busca encuentra, y que en este ámbito la búsqueda no tiene por qué ser fácil, nunca lo ha sido. Esperemos también que, al menos, aprendamos la enseñanza del viejo cuento hasídico: soñamos que el tesoro se esconde lejos, muy lejos, y emprendemos un largo camino hasta descubrir finalmente, tras grandes rodeos, que el tesoro anhelado estuvo siempre muy cerca de nosotros, a nuestro lado, en nuestra propia tradición. Pero para no perderse en el viaje de vuelta conviene tener abiertos los ojos, contemplar, sin distracciones baratas, la terrible injusticia y miseria del mundo—contemplación que es brújula en el camino— y seguir la orientación que señala Jesús.

Cuando preguntaron a Jesús por qué hablaba por medio de parábolas, su respuesta fue desconcertante: *«A vosotros os es dado conocer los misterios del reino de los cielos, pero a ellos no. Porque al que tiene se le dará, y tendrá de sobra, pero al que no tiene, aun aquello que tiene se le quitará. Por eso les hablo por medio de parábolas, porque aunque miran no ven, y aunque oyen no escuchan ni entienden [...] y no se convierten a mí para que yo los sane»* (Mt 13,11-13.15). Ante esto, que no es precisamente un halago para los oídos, parece inevitable un cierto desasosiego, y ese desasosiego tiene poco que ver con el consuelo complaciente, a no ser que uno se considere por encima de los demás, lo que no parece demasiado evangélico. Esto de lo evangélico es la gran dificultad, no sólo ahora, sino también en tiempos de Jesús, porque ¿a quién llegaron sus palabras?

No a todos nos es dado conocer el misterio del reino, no a todos nos es dada la experiencia y la sabiduría evangélicas necesarias para enseñar con parábolas, y, así, unos y otros mirarán sin ver, oirán pero no entenderán. ¿Qué será entonces lo que se viva, que será lo que se transmita? Porque no basta oír para comprender; es necesario «tener oídos» —«el que tenga oídos, que oiga» repite Jesús—, tener la disposición adecuada, pues se ha producido una llamada que ha de ser escuchada sin condiciones, a la intemperie. No hay mensaje para el que no está resuelto de antemano, para «el que no tiene»; la parábola espera el oído que sepa y quiera escucharla, y así se produce el encuentro... o el desencuentro. El modo de comprensión puede parecer incomprensible, pero existe, y recuerda de alguna manera la sintonía, la resonancia que se produce entre dos instrumentos de cuerda: si alguien pulsa la cuerda de un violín, resuena la cuerda del otro sin que nadie visible la pulse. Ese «encuentro» es el que hace que el sufrimiento ajeno, mudo y atroz, resuene como propio y resulte intolerable; el que deja presentir un amor y una belleza nunca antes intuidos.

Se ha creado un espacio nuevo, una tierra de nadie donde las palabras pronunciadas y el oído que las escucha se hacen uno, como si la propia voz del oyente, nueva y antigua a un tiempo, las pronunciara; como si maestro y discípulo se unieran para conocer y hacer realidad lo conocido, sin necesidad de preguntas inútiles, de justificaciones inútiles para que todo siga igual. Porque la verdadera parábola no es nunca inocente, invita a la reflexión, a la contemplación, pero también a la acción; es subversiva. Si no se comprende, no es porque su significado sea oscuro; lo que está envuelto en tinieblas, por mucho que se hable de luz, es el propio corazón: *«Oiréis pero no entenderéis, miraréis pero no veréis, porque se ha embotado vuestro corazón»*, decía ya Isaías. Y es que la cosa viene de antiguo.

No, no basta oír para comprender. Tampoco bastan los buenos sentimientos. Es más, teniendo en cuenta el estado del mundo —los logros siniestros de eso que se llama «progreso» y la mala nueva de la globalización—, conviene no andarse con demasiadas tonterías; si en verdad necesitamos, como necesitamos, algo de calor, seamos al menos suficientemente honrados para poner nombre a las cosas, a las emociones, al sufrimiento, a la injusticia: distingamos lo que es diversión de lo que es conversión. Un buen chiste nos hace reír, incluso puede darnos que pensar, y es bueno que riamos. Pero si ese chiste, valga el ejemplo, se vende y se compra como el mayor poema místico de todos los tiempos,

algo va mal tanto en el que vende como en el que compra, por mucho que ambos se rían a carcajadas.

Poco más puedo decir sobre el tema, y posiblemente sobra lo que he escrito. Son tan claras las palabras de Jesús, hay tanto amor y tanta belleza en ellas, tanta verdad, que no alcanzo a comprender la urgencia compulsiva de novedades que nos atrapa. Necesitamos un poco de silencio, algo de quietud. Y puestos a buscar parábolas, ¿acaso no son parábola suficiente los rostros, las lágrimas silenciosas, los gritos, el espanto de las innumerables víctimas del sistema? ¿No lo son la tierra devastada, los mares envenenados, las pateras, los abandonados...? Para quien sabe ver, el mundo entero es una parábola, y le sobran las metáforas gastadas, porque así como existe un arte del decir, existe un arte del escuchar, aunque casi los hayamos olvidado. La parábola, la parábola evangélica, es una llamada, una revelación que sólo pueden acoger los de corazón limpio o los de corazón destrozado, aunque es igualmente cierto que la parábola crea un corazón limpio destrozando el viejo corazón de quien la acoge.

En cualquier caso, siempre nos queda la esperanza de que la parábola del mundo y, por supuesto, las parábolas de Jesús permanezcan en el lector/contemplador como una semilla diminuta que va creciendo lentamente, o irrumpe –confiemos– extendiéndose como los círculos en el agua de nuestra Dolores Aleixandre. Pero, entonces, mejor será que no nos hagamos demasiadas ilusiones, porque habremos de dejar nuestra máscara (nuestra persona/personaje) entre paréntesis, dejar querer, gustos, caprichos y apetencias –todo eso que los nuevos mercaderes se empeñan en halagar–, para hacer sitio a la verdadera belleza, al verdadero amor, a una libertad nueva y no de baratillo, que se niega a pactar con el dudoso privilegio de ser un cristiano acomodado del llamado primer mundo y con todas sus infamias.

Entretanto, frente a los excesos del pensamiento débil, no estaría de más leer y releer, hasta que se haga una con el propio corazón y carne de nuestra carne, la parábola del buen samaritano. La difícil sencillez de la parábola hace vano cualquier discurso: ve y haz tú lo mismo. También convendría recordar las palabras del maestro Eckhart: «por eso pido a Dios que me libre de Dios», del Dios de los mercenarios, del Dios que yo puedo manejar.

No, no basta oír para comprender.

Luis González-Carvajal Santabárbara

En defensa
de los humillados
y ofendidos

*Los derechos humanos
ante la fe cristiana*

Presencia
Teológica

SAL TERRAE

NOVEDAD

LUIS GONZÁLEZ-CARVAJAL

**En defensa de los
humillados y ofendidos.**

**Los derechos humanos
ante la fe cristiana**

352 págs.

P.V.P. (IVA incl.): 15,00 €

Hay muchas obras sobre los derechos humanos, pero la mayoría de ellas se limitan a una reflexión genérica sobre los mismos, o bien estudian uno u otro derecho concreto. Este libro tiene la particularidad de ofrecer una visión panorámica, estudiando temas de gran actualidad tales como el derecho a la vida, los derechos de la mujer, la libertad religiosa, las migraciones, los nacionalismos... Y lo hace, además, desde una perspectiva cristiana que combina la argumentación racional con los datos aportados por la Biblia, la historia de la Iglesia y el moderno magisterio social.

Los relatos cinematográficos: parábolas de nuestro tiempo

Isabel ROMERO TABARES*

Nos sucede con frecuencia que encontramos en determinadas historias cinematográficas experiencias que nos conmueven, nos sobrecogen o expansionan nuestro espíritu de manera casi incomprensible, hasta que reflexionamos sobre ellas.

El poder de las imágenes es tan grande que remueve experiencias, recuerdos, sentimientos tan personales e íntimos, que resulta misteriosa la capacidad de guionistas y realizadores, desconocidos y lejanos, para hacernos formar parte de relatos que, en principio, se nos muestran completamente ajenos a nosotros.

Es más, ante una película bien hecha, a veces sentimos que se eleva nuestro espíritu y que se nos «habla» de algo que está más allá de nosotros y que, a la vez, habita en lo más hondo de nuestro corazón. Esta capacidad de trascendencia que se activa a través de lo artístico fue puesta de manifiesto por el Romanticismo, que reivindicaba el papel del arte como camino de integración humana, ya que nos abre paso al Otro Lado misterioso, donde los románticos encontraban lo sobrenatural, ya fuese habitado por un Dios personal o por una divinidad difusa. El arte era camino de unión con aquello que nos trasciende, especialmente a través de la poesía y la música.

Por otra parte, hay películas de dudosa calidad artística que más bien contribuyen al embotamiento de la sensibilidad y a la consecuente falta de apreciación de lo artístico. Sólo nos procuran un rato de evasión efímera, ya sea mediante la risa, el miedo o la multiplicación de peripecias de los personajes. A estas películas las llamamos, con razón, «in-trascendentes».

* Profesora del Departamento de Humanidades y Comunicación. Universidad Pontificia Comillas.a Madrid

Pero el Romanticismo ha dejado una extensa herencia. Parte de ella fue la corriente simbolista, que, a su vez, hizo posible la creación de imágenes dotadas de una carga múltiple y compleja que habla a los sentidos, que afecta a las sensaciones y que activa resonancias espirituales.

Se dice del cine que es una «fábrica de sueños», y ésta resulta una expresión real, no sólo porque el sueño es sinónimo de deseo, sino porque en las imágenes oníricas encontramos el ámbito profundo de los símbolos. De este modo, a través de imágenes simbólicas, se cuentan historias que, gracias a su lenguaje, hunden sus raíces en las experiencias más antiguas de la humanidad, en los anhelos y valores propios de la condición humana, en los arquetipos que habitan el inconsciente humano. A veces, incluso acontecimientos históricos, pasados por el cine, se transforman en relatos simbólicos que transmiten una profunda sabiduría.

Tomemos como ejemplo el hundimiento del «Titanic». Ninguno de los que hemos visto la película que James Cameron estrenó en 1997 sobre la catástrofe del famoso barco ha conocido la historia más que a través de reportajes o documentales. Incluso los testimonios de los supervivientes han llegado a nosotros por noticias de prensa o libros de investigación. No obstante, el núcleo del relato es de todos conocido y pervive en la historia cargado de un fuerte contenido simbólico. Un transatlántico, construido con la mejor tecnología industrial de la época, al que se consideraba prácticamente insumergible, se fue a pique al chocar contra un iceberg durante su primer viaje. Murieron más de 1.500 pasajeros, la mayoría de tercera clase, pues el barco no contaba con suficiente número de botes salvavidas. El suceso, más allá de su estricto contenido informativo, se ha transmitido como el símbolo de la fragilidad de las obras humanas, que pueden ser vencidas, a pesar de su fuerza y poderío, en una tranquila y fría noche de primavera, por elementos imprevistos y azarosos. Del mismo modo, se ha visto representada en este suceso la injusticia de los poderosos, por la cual la desgracia termina golpeando a los más débiles.

Pero el relato de Cameron, partiendo de una rigurosa documentación histórica y asumiendo el significado implícito que se ha dado al acontecimiento, va mucho más allá, al dotarlo de mayor contenido simbólico, narrando una historia de amor que se desarrolla en primer plano, y haciéndonos contemplar el relato completo desde la perspectiva de los de abajo, de aquellos a quienes los ricos abandonan a su suerte.

De este modo, igual que la *titánica* fuerza del barco será vencida por una imprevista roca de hielo flotando a la deriva, la aparente fragilidad del amor de un joven humilde logrará romper las cadenas del di-

nero que esclavizan a Rose, condenándola a una vida vacía y sin sentido que, como se pone de relieve con sus deseos de suicidio, no merece la pena de ser vivida.

Se trata, además, de un amor generoso hasta las últimas consecuencias, pues el joven da la vida por aquella a la que ama. Rose da testimonio de la entrega de Jack cuando dice: «él me salvó la vida en todos los sentidos». En este punto, el relato despierta ecos de parábola o se convierte él mismo en parábola. Una historia sencilla, comprensible por todos, nos habla de una realidad que nos trasciende: el amor es más fuerte que cualquier otro poder y es generador de vida más allá de la muerte. Quien lo encuentra, quien se deja ganar por él, ha encontrado su mayor tesoro.

Con la idea de tesoro también se juega en *Titanic*, pues la película empieza con el hallazgo de los restos hundidos del barco y la búsqueda entre ellos de un enorme y valiosísimo zafiro llamado «El corazón de la mar», que se supone hundido también en el naufragio.

Es más, esta parábola, oculta como la joya en el corazón mismo de la historia, evoca una parábola evangélica: «Se parece el reinado de Dios a un tesoro escondido en el campo; si un hombre lo encuentra, (...) por la alegría que siente vende todo lo que tiene y compra el campo aquel» (Mt 13,44). Fácilmente podríamos hacer la transposición.

De este modo, un relato cinematográfico nos ha conducido, por los caminos del símbolo, a un preciado valor humano y cristiano, ansiado por todos, pero por el que no todo el mundo está dispuesto a arriesgarse. Una película se ha convertido en cauce de sabiduría.

Millones de personas han conectado con ese mensaje y han hecho de *Titanic* la película más vista de la historia. Hemos de creer que, más allá de las innumerables lágrimas (sobre todo adolescentes) vertidas por Jack Dawson (Leonardo di Caprio), muerto en las gélidas aguas del Atlántico norte, la gente queda conmovida por el impacto simbólico de una historia que toca el corazón humano.

Otros muchos relatos cinematográficos logran estas mismas o parecidas evocaciones. En *Señales*, de M.N. Shyamalan (2002), el reverendo Graham Hess (Mel Gibson) reencuentra su fe cuando aprende a entender como salvíficas las dolorosas señales que encuentra en su vida, y cree que han sido puestas por la mano providente de Dios. Pero todo ello ocurre en una historia de extraterrestres. En *Los chicos del coro* (C. Barratier, 2004), un músico fracasado encuentra el sentido de su vida y de su música cuando, gracias a ella, rescata a los niños de un internado de la terrible sordidez e injusticia en que transcurren sus vidas.

El relato es el mensaje

A pesar de lo dicho, no podemos presumir en guionistas y realizadores una intención moralista o didáctica por la que seamos conducidos, como espectadores, a entender un determinado mensaje. Si ello fuera así, la libertad de creación artística mermaría mucho, si es que desaparecería por completo. Escritores y directores de cine insisten mucho en este punto. El relato nace despojado de cualquier propósito moralizador; es una narración con la que el público puede disfrutar, en el más amplio sentido de la palabra. Tolkien, uno de los autores más leídos de estos años, cuya obra *El Señor de los Anillos* está continuamente amenazada de alegorizarse, «siempre insistió en la autonomía de la historia *como un arte en sí mismo* que no necesitaba más justificación que la de deleitar. Una buena historia no tiene por qué tener un “mensaje”»¹.

Por todo ello, la capacidad comunicativa y simbólica del relato surge del relato mismo, igual que ocurriría con un cuadro o una pieza musical. De este modo, al decir que una historia se nos convierte en «parábola», no hemos de entender el término como se usa en los relatos bíblicos, en los que hay una intención didáctica. Sería más acertado hablar de «metáfora», en cuanto que la narración (literaria o fílmica) es expresión «poética» de algo que no se puede comunicar intensamente más que de modo simbólico. En cualquier caso, hecha esta matización, el término «parábola» puede servirnos para expresar lo que Tolkien llamaba la «aplicabilidad» del relato. Tolkien utilizaba esta expresión «con frecuencia cuando hablaba de la capacidad de las historias para sugerir al lector *más de lo que dicen*, sin por ello convertirse en alegorías artificiales»². De hecho, «Tolkien reconocía a menudo que la mayor parte de las grandes historias, ya fuera en conjunto o en algún aspecto particular, abundaban en rasgos de relevancia moral aplicables a la experiencia de lectores muy alejados en el tiempo y el espacio del narrador. En otras palabras (...), muchas historias participan de la naturaleza de la parábola»³.

Dicho esto, hemos de regresar a la condición simbólica del relato cinematográfico, que, a su vez, puede construirse con más o menos

1. Robert MURRAY, «J.R.R. Tolkien y el arte de la parábola», en (J. Pierce) *J.R.R. Tolkien: Señor de la Tierra Media*, Minotauro, Barcelona 2000, p. 59. El subrayado es nuestro
2. *Ibidem*. El subrayado es nuestro.
3. *Ibidem*, pp.59-60.

símbolos, con más o menos complejidad narrativa. El mensaje llegará, pues, al espectador con mayor o menor riqueza visual y niveles de significados, pero, en cualquier caso, se habrá convertido en parábola en la medida en que apunte a lo esencial de la condición humana.

De nuevo recordamos a Tolkien cuando afirmaba que la capacidad de inventar historias otorga al ser humano el rango de «sub-creador», en cuanto que comparte con Dios (aunque en otro nivel y en menor medida) la facultad de crear mundos. Por esta razón, Tolkien veía en las historias inventadas, particularmente en los mitos, destellos de la sabiduría divina, pues la capacidad simbólica hace posible redimensionar los objetos y las imágenes y conectarnos con lo espiritual trascendente.

Por otra parte, los argumentos de las películas proceden, en última instancia, de aspiraciones, experiencias y creencias íntimamente humanas que se han expresado de mil modos desde los relatos mitológicos. El cine ha recogido esta herencia inagotable y ha sabido expresarla de manera siempre renovada. «Los argumentos cinematográficos han ido y venido en aquellos films que han sabido crear una inesperada nueva frontera de los relatos»⁴. Los fértiles temas de los viajes; la fundación de la patria; los conflictos de la comunidad; los mártires y héroes; el amor, sus manifestaciones y dificultades; la ambición de poder; los sueños de absoluto; la muerte y el más allá desconocido; la creación artística... De todo esto ha sabido y podido hablar el cine a través de autores que «han sabido entender y proyectar la universalidad de sus historias. Autores que, siendo fieles a las recomendaciones de Sócrates, han sembrado palabras con fundamento. Películas que pueden aspirar con toda dignidad a dar, a quienes las han hecho y a quienes las reciben, el ideal de felicidad platónica: la emoción de saber comprender»⁵.

Los grandes relatos del momento

Llamamos «grandes relatos» a historias extensas que, procedentes o no de la literatura, han dado lugar a superproducciones cinematográficas que se refieren a universos fantásticos, ajenos al nuestro aunque más o

4. Jordi BALLÓ y Xavier PÉREZ, *La semilla inmortal. Los argumentos universales en el cine*, Anagrama, Barcelona 1997, p. 12.

5. *Ibidem*, p. 14.

menos parecidos, en los que se muestran argumentos de clara raíz mítica; en ellos, el personaje central es un héroe para quien la aventura se convierte en una forja personal, mediante la cual se encuentra a sí mismo y cumple la misión para la que ha sido destinado. Con este esquema, desde 1999, han aparecido en las pantallas de todo el mundo los episodios I y II de *La guerra de las galaxias*, las tres entregas de *Matrix*, las tres de *El Señor de los Anillos* y las tres primeras de *Harry Potter*⁶. Sin olvidar que en mayo de 2005 se estrenarán el episodio III de *La guerra de las galaxias*, y en noviembre la cuarta entrega de *Harry Potter*.

Me resulta difícil, personalmente, considerar *Harry Potter* y *El Señor de los Anillos* como relatos cinematográficos. Los dos son extensas novelas (el primero de ellos, una serie) cuyo ambiente, personajes y fantasía ha plasmado el cine con mayor o menor fortuna. Necesariamente, las historias han tenido que ser «traducidas» al lenguaje fílmico, y ello ha pasado por la interpretación de guionistas y directores. Sin embargo, las películas, magníficos espectáculos visuales, han sido vistas por millones de personas, y el cine ha multiplicado, sin duda, el efecto de los relatos. No obstante, salvo excepciones, la consecuencia inmediata que las películas han producido en los espectadores ha sido el deseo de leer (o releer) los libros.

El Señor de los Anillos, un relato fantástico, eminentemente épico que narra la aventura del hobbit Frodo y sus ocho compañeros en la insensata misión de destruir el anillo del maléfico Sauron, ha dado lugar a un mito literario contemporáneo: el del anillo de poder que corrompe al que lo posee. El encargo de su destrucción no se encomienda a los grandes y heroicos guardianes de los pueblos libres, sino a un individuo de una raza olvidada, los hobbits, divertidos, enemigos de las aventuras, totalmente centrados en sus problemas domésticos y despreocupados de cuanto ocurre más allá de sus fronteras.

La misión exigirá de Frodo un completo sacrificio personal, pues deberá exponerse al poder del anillo cargando con él hasta el lugar donde debe ser destruido. Es fácil leer el relato como una parábola. La historia tiene un fuerte núcleo cristiano: a través de la debilidad y el vaciamiento, el poder del mal resulta vencido. Además, el relato muestra

6. Estos grandes relatos han sido analizados como narraciones cinematográficas por Xavier MELLONI, *El cine y la metamorfosis de los grandes relatos*, Cuadernos de Cristianisme i Justícia, n. 124, Barcelona 2004.

un universo simbólico que remite constantemente a una dimensión trascendente⁷.

Por su parte, *Harry Potter* se ha constituido ya en fenómeno de masas antes de llegar al cine. La historia del niño mago, huérfano y adoptado por sus mediocres tíos, y alumno de Hogwarts, Escuela de Magia y Hechicería, donde ocurren las aventuras de la serie, va camino de convertirse en un clásico de la literatura juvenil.

Como hemos dicho, el relato es también una forja heroica que se va gestando en la niñez, adolescencia y juventud del protagonista. Con sólo un año, Harry Potter queda huérfano cuando sus padres mueren a manos del terrible y malvado mago Lord Voldemort, que en realidad quiere matar al niño. Sin embargo, el sacrificio de su madre logra en él una protección extraordinaria que lo libra de la muerte y deja en él la huella invisible del amor. A medida que el niño crece y sus poderes se manifiestan, la fuerza del amor salvífico que le dio la vida y lo defendió de la muerte surgirá como el mayor misterio en la vida de Harry. Más allá de las aventuras y de la magnífica trama argumental, este amor, de evidentes resonancias crísticas, aparece como el núcleo de la historia. Sólo por él, según dice Dumbledore en el libro quinto (*La Orden del Fénix*), Harry tiene la capacidad de vencer a Voldemort, pues ese amor, «una fuerza más maravillosa y terrible que la muerte, que la inteligencia humana, que el poder de la naturaleza», es también «la más misteriosa de todas las cosas». Harry la posee «en sumo grado», y Voldemort carece de ella por completo⁸.

Como necesariamente las películas van apareciendo más lentamente que los libros, confiamos en que este elemento adquiera, llegado el momento, su lugar en la historia.

Matrix, en sus tres entregas entre 1999 y 2003, es un auténtico relato cinematográfico que también narra la peripecia de un héroe, Neo. En la misma línea de *Blade Runner* (Ridley Scott, 1982) e *Inteligencia Artificial* (Steven Spielberg, 2003), *Matrix* plantea la relación entre las personas y las máquinas y la constante pregunta de nuestro tiempo sobre qué es lo humano. Pero el film de los hermanos Wachowski hace el planteamiento más radical, pues en el futuro de la película la tierra es un lugar espantoso e inhabitable en el que, después de una guerra te-

7. Vid. Isabel ROMERO TABARES, *En el corazón del mito. La dimensión espiritual de «El señor de los anillos»*, Ppc, Madrid 2004.

8. J.K. ROWLING, *Harry Potter y la Orden del Fénix*, Salamandra, Barcelona 2004, p. 867.

rrible, sólo imperan las máquinas. Estas máquinas mantienen a los humanos en inmensos «campos de cultivo» donde les extraen la energía necesaria para su mantenimiento. Para que no conozcan su estado, los humanos permanecen en la inconsciencia, conectados a una realidad virtual llamada «Matrix» que les procura la sensación de vivir en un mundo real.

Pero hay un grupo de hombres y mujeres que han logrado desconectarse de Matrix y sobreviven en una ciudad subterránea llamada Sión. Poco a poco, ellos, a su vez, van liberando a los «durmientes» que lo desean, pues los humanos rebeldes conocen el modo de entrar y salir de Matrix a voluntad. Neo es rescatado de este modo, y algunos lo creen el elegido, anunciado por un oráculo, que liberará a Sión de la amenaza de las máquinas.

Para Neo, el camino no va ser fácil, pues deberá plantearse si sus acciones están previamente determinadas, es decir, si es verdaderamente libre, y, a la vez, cómo salvar a Sión.

En medio de una estética recargada y oscura, la forja heroica culmina en la entrega total del protagonista, que da su vida por la salvación de la humanidad. Al mismo tiempo, la capacidad de elección se descubre como el factor esencial humano, tal como se va anunciando en diálogos y escenas de la película. Pero *Matrix* también plantea, además de una relación simbiótica y conflictiva con las máquinas, cierta pacificación entre los dos mundos, pues ambos se necesitan.

Aunque *Matrix* integra elementos judeo-cristianos con referencias budistas⁹, la muerte del protagonista está planteada según la muerte de Cristo. Neo muere en la postura del crucificado, y durante unos segundos su cuerpo se ve transformado en una cruz luminosa. Las últimas palabras del Dios de las máquinas, «está hecho», se refieren explícitamente a las palabras de Jesús en la cruz. De nuevo es la entrega y la donación de sí lo que salva.

La guerra de las galaxias es la más extensa de las producciones que se exponen aquí, pues la primera de sus entregas se estrenó en 1977, y la última se estrenará en noviembre de este año. También es,

9. En realidad, *Matrix* integra elementos religiosos y filosóficos orientales y occidentales, con una estética que contiene, a su vez, ingredientes de variadas procedencias. Un estudio completo de la película puede verse en Pedro BERRUELO y David CATALINA, *Dentro de Matrix*, Dolmen Publicaciones, Palma de Mallorca 2004.

por tanto, la más antigua, y por eso ha configurado el imaginario de las generaciones finiseculares. Como es sabido, las primeras tres partes, que aparecieron en 1977, 1980 y 1983, suceden en el tiempo a las tres últimas, de 1999, 2002 y 2005.

Las seis películas juntas narran, en verdad, dos relatos heroicos, los de Anakin Skywalker y su hijo Luke, ambos caballeros jedi, en el entorno de las intrigas de poder en el gobierno de una formidable república galáctica, que dan lugar al advenimiento de un tiránico imperio.

La historia de Anakin sucede en el periodo de la república. Este personaje es un joven caballero jedi, educado como tal, con la ambigua esperanza de que sea él el elegido que devuelva el equilibrio a la Fuerza, la energía que cohesiona al universo y de la que los caballeros jedi toman su poder y sabiduría. La armonía de la Fuerza se halla amenazada por los sith, guerreros tenebrosos que se consagran al lado oscuro de la misma Fuerza. Anakin está dotado de poderes especiales, pero su ambición, su rebeldía y la falta de aceptación de sus límites le hacen caer en el lado oscuro y oponerse a los caballeros jedi, pasando al servicio del siniestro emperador. Este personaje gobernaba la república, pero era en realidad el Lord Oscuro del sith que provoca una guerra para hacerse con el poder. Anakin combate con su antiguo maestro jedi, y en la lucha queda horriblemente desfigurado y moribundo. El emperador le salva la vida rehaciendo prácticamente su cuerpo de modo artificial y dándole una máscara que le permitirá ver y respirar. Se convierte entonces en el malvado Darth Vader que conocimos en las tres primeras películas. Pero Anakin se había casado en secreto, antes de su traición, con Amidala, senadora de la república, y tiene dos hijos mellizos, Luke y Leia, a quienes los supervivientes jedi ocultan en planetas distintos para evitar que caigan en manos del emperador. Aparentemente, la profecía sobre Anakin está muy lejos de cumplirse.

La historia de Luke sucede en tiempos del imperio. Luke Skywalker es un joven que desconoce su origen e identidad y, por circunstancias azarosas conoce a Obi Wan Kenobi, antiguo maestro jedi de su padre. Él le muestra lo que es la Fuerza y le inicia en el entrenamiento como jedi. Por otra parte, la joven Leia, desconocedora también de su verdadero origen, lidera la rebelión contra el imperio. Luke se une a ella, pero no sabrá hasta el final que Leia es su hermana.

Combatiendo al lado de los rebeldes contra el imperio, Luke llega a enfrentarse con Darth Vader, que le revela que es su padre. Luke se resiste a creerlo, pero más tarde crece en él la esperanza de lograr que Vader abandone el servicio del emperador y sus malvados propósitos,

pues cree firmemente que en el corazón de su padre anida la bondad. El joven caballero ha encontrado su auténtica misión.

De este modo, las historias de Anakin y Luke confluyen en el episodio VI (1983). El emperador desea vivamente que el joven Skywalker se entregue al lado oscuro de la Fuerza y, para conseguirlo, fomenta en él el miedo y el odio. Vader obliga a su hijo a combatir contra él, pero Luke apela a los sentimientos ocultos de su padre. Así pues, cuando el emperador está a punto de matar a Luke, Vader salva la vida de su hijo matando, a su vez, al emperador. La profecía se ha cumplido al fin, y Luke redime a su padre, aunque no puede conservarle la vida.

Es éste el auténtico núcleo de la historia. Los dos héroes se necesitan para dar cumplimiento a sus respectivas misiones. Pero, en definitiva, lo que muestra *La guerra de las galaxias* es una historia de redención por el amor. Cuando Luke trata desesperadamente de salvar a su padre moribundo, le dice: «No te abandonaré, padre, tengo que salvarte». Y Vader contesta: «Ya lo has hecho... Tenías razón. Dile a tu hermana que tenías razón».

La seducción de estos relatos

Como estamos comprobando continuamente, estos relatos atraen a millones de personas en todo el mundo, particularmente a los jóvenes. Si nos centramos en el contenido nuclear de estas historias, es alentador observar que las personas se sientan cautivadas por narraciones idealistas que transmitan esperanza y eleven el espíritu.

En este sentido, como afirma X. Melloni, «deberíamos dejarnos sorprender por nuestra propia cultura, que puede ser capaz de seguir gestando relatos que transmitan valores que nos humanicen. Relatos que, aunque no tengan una explicitación cristiana, continúen transmitiendo el mensaje crístico fundamental: que la donación de sí es el modo más noble y verdaderamente humano de estar en el mundo, y que esto es reflejo y acceso de lo divino»¹⁰.

Por otra parte, resulta inquietante la poderosa industria (y los inmensos beneficios consiguientes) que fabrica estas superproducciones, con todas sus secuelas: *merchandising*, juegos, juguetes, videojuegos, libros, fotografías... que mantienen a los jóvenes adeptos, sin sentido crítico, en un continuo anhelo de consumo.

10. X. MELLONI, *op. cit.*, p. 24

Pero tal vez lo más difícil sea acompañar a los jóvenes en su atracción por estos relatos, pues, aunque básicamente transmiten valores humanizadores, éstos se dan en imágenes y signos que necesitarían una cierta decodificación para que la reflexión pudiera abrirse paso y esos valores pasaran al terreno de la experiencia.

En este sentido, la educación contribuye muy poco a que los jóvenes reconozcan los caminos que transitan (o se ven obligados a transitar) sus héroes. Normalmente, la mayoría de los adultos encuentran ajeno el imaginario que seduce a la juventud. Pero es imprescindible el esfuerzo de padres y educadores por comprender y valorar los relatos que están configurando la fantasía y el mundo de valores de los jóvenes. Partiendo de la comprensión y la valoración, de esos relatos puede extraerse un modo de ver el mundo que se base en la compasión, la preferencia por los débiles y la esperanza.

«Que la Fuerza nos acompañe...»



NOVEDAD

ANSELM GRÜN

**Para que tu vida
respire libertad.**

**Ritos de purificación
para el cuerpo y el alma**

176 págs.

P.V.P. (IVA incl.): 10,00 €

Las religiones siempre han sido conscientes de la necesidad de purificación. Anselm Grün vierte en categorías de nuestro tiempo el saber de los antiguos griegos, de la Biblia y de los pioneros del monacato, un saber que puede mostrarnos un camino hacia la transparencia interior y la «sencillez de corazón». Y nos describe ritos de purificación exterior e interior que benefician tanto al cuerpo como al alma y nos permiten respirar de nuevo con libertad. Pero también nos previene de un exagerado «celo purificador», al tiempo que nos anima a aceptar con benevolencia nuestro lado más sombrío.

«Dios expone parábolas a los hombres»

María José ARANA, RSCJ*

«Como una mecha para descubrir la piedra preciosa» (Cántico Rabba)

Dice el Corán:

«Dios es la luz de los cielos y la tierra. Su luz es como una hornacina en la que hay una lámpara. La lámpara está dentro de un cristal. El cristal es como si fuera un astro resplandeciente. Se enciende gracias a un árbol bendito, un olivo que no es oriental ni occidental, cuyo aceite casi reluce aunque el fuego no lo haya tocado. Luz sobre luz. Dios guía su luz hacia quien Él quiere, *Dios expone parábolas a los hombres*, y Él es el Conocedor de todas las cosas» (*Corán*, sura 24, 35, aleya de la luz).

Una ráfaga de esa luz quiso comunicara Dios de forma sencilla, comprensible para todos, concentrando en ella la sabiduría y el conocimiento sobre verdades, valores de la vida y del comportamiento humano e incluso sobre Él mismo. Por eso, porque es un género literario muy idóneo para ello, «*Dios expone parábolas a los hombres*».

¡Las parábolas, esas breves narraciones alegóricas y universales, llenas de enseñanzas, que iluminan la vida y el corazón y nutren el alma! Como dice el judaísmo en el Cántico Rabba, «*la parábola es como una mecha que sirve para descubrir una piedra preciosa*» (Cant. Rabba)¹. «Ráfagas» de luz, «mechas» de sabiduría, palabras e historias que, en su sencillez y belleza, cautivan el corazón y muestran caminos éticos y espirituales en todas las culturas y religiones de la tierra. El

* Doctora en Teología. Profesora del «Instituto de Teología de Vida Religiosa» de Vitoria. Algorta (Vizcaya).

1. *Cántico Rabba*: es el comentario (*midrash*) haggádico al Cantar de los Cantares, como el Génesis Rabba es al libro del Génesis, Éxodo Rabba, al del Éxodo, Números Rabba, al de los Números, etc.

lenguaje en parábolas es universal, y su didáctica y contenido también; por eso las parábolas pueden ser un lugar de encuentro y mutua comprensión entre gentes y religiones.

Los rabinos de Israel, los maestros de la Cábala judía, los gurús de la India, los místicos sufíes del Islam, los maestros Zen..., tantos sabios más o menos anónimos; la Biblia, los Upanishads, el Zohar, el Talmud, el Corán y demás Libros Sagrados... poseen parábolas preciosas. También se han recogido estas pequeñas historias en la predicación de Buda, de Lao Tse, de Mahoma, de tantos otros... y, por supuesto, del propio Jesús, que predicó utilizando muchas parábolas y, evidentemente, son éstas las que mejor conocemos... Pero también a lo largo de la historia personas religiosas o no, con intenciones morales o piadosas, según los casos, han continuado con este expresivo género.

Casi todas las tradiciones religiosas cultivaron este estilo literario para apelar a un fondo común de sabiduría popular y, frecuentemente, universal. Se encuentran en los más antiguos monumentos de todas las literaturas, y en especial en la de los pueblos orientales, pues aunque, como decía el Corán, estas historias «*no son ni orientales ni occidentales*», sin embargo tienen mucho que ver con las raíces orientales, pues el genio y la brillante imaginación de aquellos pueblos y culturas están maravillosamente organizados para la parábola, que es una de las formas preferidas de expresión y de enseñanza, junto con los mitos, las fábulas, las metáforas, las comparaciones, las alegorías, las narraciones sencillas e incluso, no pocas veces, los cuentos..., en los que también es posible ahondar sacando enseñanzas y descubriendo trasfondos.

Las parábolas no constituyen ni una parte esencial ni un método privilegiado de la literatura; ocupan un lugar más bien humilde: simples «mechas»; pero ciertamente son como una pequeña luz que iluminan la vida, son imprescindibles en la sabiduría popular y religiosa, escrita y oral, y pueden ayudar —ése es su cometido— a «*descubrir la piedra preciosa*»...

Y los judíos lo explican con una parábola de la que entresaco sólo el final:

«Nuestros maestros dijeron: que el masal (*la parábola*) no sea una cosa insignificante a tus ojos, ya que gracias a él (ella) el hombre puede comprender las palabras de la Torá. Parábola de un rey que en su casa perdió una moneda de oro o una piedra preciosa. ¿No la busca con una mecha que no vale más que un céntimo?

Así el masal (*la parábola*) tampoco ha de ser cosa insignificante a tus ojos, ya que gracias a él (ella) se pueden penetrar las palabras de la

Torá. Y tú sabes que es así porque gracias al masal Salomón comprendió los detalles más pequeños de la Torá» (*Cántico Rabba* 1,7-8).

Así pues, las parábolas son relatos con sentido en sí mismos, pero destinados a sugerir, a ir más allá de su sentido inmediato; son expresiones tradicionales que ayudan a percibir lo que se halla oculto, a comprender lo más precioso; abrevian el lenguaje, porque son capaces de expresar muy brevemente un gran contenido. Gracias a este humilde género popular, la Torá en este caso, las Escrituras y lo profundo de cualquier religión, filosofía o verdad, se hace accesible también a los más sencillos, «*Dios habla en parábolas a los hombres para que ellos atiendan*» (sura 14,24).

Ellas pueden ayudar a situar en el umbral del misterio..., abren el entendimiento, promueven la imaginación afectiva, suscitan emociones, movilizan la mente, pueden sacar lo mejor de la persona y llegar al corazón; ayudan a hacer avanzar la conciencia personal y la universal...

Tienen una función pedagógica, porque poseen la habilidad de conectar fácilmente con el auditor, en parte por esa plasticidad que habla de forma simbólica, comprensible; por eso ponen al alcance del pueblo llano los misterios, las verdades y máximas profundas, enseñanzas múltiples, moralejas; son experiencia acumulada a través del tiempo... Avisan del mal y empujan al bien...; son lecciones morales, pequeñas guías en la senda de la conducta, de la rectitud moral, y en los caminos del corazón, e incluso místicos; casi sin darnos cuenta, ayudan a reflexionar, desafían el ingenio, centran la curiosidad, apuntalan el sentido común... En realidad, la mayoría de ellas ayudan a vivir la vida, lo cotidiano, con más intensidad y con conciencia más despierta. Pero la verdad es que, según el Evangelio, descubren «*cosas ocultas desde la creación del mundo*» (Mt 13,35), pero también encubren: «*por más que escuchéis no comprenderéis*»... (Mt 13,15). De todas formas, son lugares de sabiduría, fuentes de inspiración y de espiritualidad.

En definitiva, estas pequeñas historias son activas, despiertan el alma, mueven el corazón y pueden cambiar misteriosamente la vida, porque, como dice Vyasa, el autor del «Mahabharata», «*si escuchas con atención un relato, nunca volverás a ser el mismo, porque el relato se introducirá en tu corazón y, como si fuera un gusano, acabará royendo todos los obstáculos que se oponen a lo divino*»². Esto es lo importante: que ayuden a caminar y a cambiar.

2. En Anthony DE MELLO, *La oración de la Rana – I*, Sal Terrae, Santander 1988, p. xvi.

Las podemos considerar tesoros, pequeñas joyas de la sabiduría ancestral...; algunas poseen una gran belleza, ¡las hay preciosas!; en su mayoría, son historias tomadas de la vida común y tienen una trama simple que respira cotidianeidad...

Se cuelan por todas partes, y por eso, como señala Dominique de la Maisonneuve, es imposible sistematizar sus ideas o su forma, ya que están difundidas por mil sitios³, se hallan dispersas en los libros, ilustrando discursos y escrituras; permanecen en la tradición oral; entran en todos los lugares de la vida social, en la cotidiana, y en la religiosa...; se interesan por todos los temas, ambientes y formas... Pero traspasan también mentes y corazones, ayudan a trascender, a sobrepasar los límites, empujan hacia utopías...

Hoy en día hemos vuelto a redescubrir la fuerza de este lenguaje tan plástico, afectivo y sencillo. En una cultura tan audiovisual como la nuestra, estas historias son muy oportunas y significan un soplo de aire fresco ante los discursos excesivamente cerebrales; pero, además, el lenguaje de parábolas y fábulas responde a la condición humana y centra el interés de todos, sea cual sea la época y la cultura: siempre son bienvenidas, siempre prácticas y amenas, y en nuestros días vuelven a ser un recurso didáctico de primera categoría. Incluso su poder simbólico se expresa ya no sólo con palabras, sino también con hechos, con grupos... Los hermanos de la Comunidad Ecueménica de Taizé (Francia) se describen a sí mismos como «*Parábola de comunión*» en este mundo y estas iglesias divididas...

Por todas estas razones constituyen una especie de «*fondo común*» del que todos bebemos, e incluso podemos encontrar historias que «viajan», que traspasan los pueblos y culturas, las toman unos de otros y son adaptadas y readaptadas en diferentes contextos, épocas y lugares⁴; en este sentido, también son universales y enlazan pueblos social y religiosamente, traspasan también el tiempo y son como legados que

3. Dominique de LA MAISONNEUVE, *Parábolas Rabínicas* (Documentos en torno a la Biblia, n. 12), Verbo Divino, Estella 1985, p. 5.

4. Hoy, un ejemplo magistral de esta adaptación y readaptación lo tenemos en las conocidas obras del Jesuita indio Anthony de Mello, que en sus obras aporta cuentos, parábolas, historias budistas, cristianas, Zen, rusas, chinas, hindúes, sufís, etc., haciendo que en nuestras latitudes, de forma muy sencilla, la gente goce del mensaje, interpretación, comentario, etc. Martin Buber, ha ayudado como pocos a descubrir los tesoros del judaísmo, especialmente de la época Hasidim, y él mismo adapta historias y parábolas. También Dolores Aleixandre adapta algunas historias; y otros muchos.

llegan de unas épocas a otras transmitiendo mensajes y enseñanzas... ayudan a entender la universalidad de la mayoría de las experiencias humanas... Por eso son lugar de encuentro.

Parábolas que «viajan»

Encontramos muchos ejemplos de ese trasvase de país a país e incluso de religión a religión. Es más, algunos autores defienden que en lugares como la India, por ejemplo, había un arsenal flotante, «ambulante», de mitos, leyendas, tradiciones, cuentos populares... que no era realmente propiedad de ninguna religión en particular. «*Todas las religiones –dice Sangharákshita– a las que hoy llamamos hinduismo, budismo, jainismo, etc. bebían de esas aguas, por decirlo así, y se servían de esas historias, mitos, parábolas, proverbios, refranes... adaptándolos a sus propios fines*»⁵.

Hay muchos casos que confirman esta afirmación. Por ejemplo, se dice que la leyenda del Avalokiteshvara, del budismo tibetano, que tenía la garganta azul por haber tragado el veneno, es decir, el sufrimiento del mundo, debido a su sabiduría y a su compasión, viene de la leyenda hindú de Shiva, pero, a la vez, no es imposible que hubiera sido lo contrario.

Lo mismo la historieta del zorro que tuvo que adelgazar para pasar por el único agujero de la viña cercada y así poder comer las uvas; tuvo que volver a adelgazar para volver a pasar al otro lado y salir del cerco. Pertenece al Qohélet Rabba judío y, en realidad, está basada en el texto de Eclesiastés 5,14: «*Lo mismo que salió desnudo del vientre de su madre, se marchó como había venido*»; pero también encontramos un relato análogo en Esopo (fábula 158), en La Fontaine (III, 17) y en otros... aunque cada uno de ellos con conclusiones y enseñanzas aplicadas a su contexto y adaptadas a las necesidades didácticas de sus interlocutores.

G.E. Lessing (siglo XVIII) escribió su preciosa historia del judío Nathán el Sabio (1778), con un contenido absolutamente dialogante en el ambiente social de un mundo intolerante⁶; para ello recogió una parábola de una antigua tradición oral, posiblemente judío-española; más

5. SANGHARÁKSHITA, «Tradiciones del Mundo: la Economía Budista»: *WebIslam* 220 (19 agosto 2003).

6. M. Teresa RODRÍGUEZ DE LECEA, «Nathán el Sabio: una parábola de tolerancia

tarde la recogió el místico judío Abulafia antes de 1291, pero Bocaccio (siglo XIV), aunque seguramente no supo esto, conoció la parábola, la recogió y la hizo célebre recopilándola entre historias del Decamerón (1. 3) (1352), y cuatro siglos más tarde Lessing retomó esta bella historia y quiso narrarla con la finalidad de abrir la mente al diálogo, especialmente entre las tres religiones; por eso introduce a tres personajes: el judío Nathán, el sultán Saladino y un caballero cristiano; las relaciones que se establecen entre los tres personajes son muy estrechas, pero muestra bien a las claras las situaciones y dificultades de la época de las cruzadas en las relaciones religiosas y guerreras entre ellas. Hay un empeño en mostrar lo bueno y recto, así como lo detestable en las relaciones religiosas. Nathán responde con una parábola que maravilla al sultán por su prudencia e inteligencia...

La historia quiere mostrar la dificultad para distinguir «la religión verdadera», lo mismo que es imposible distinguir el anillo auténtico de las otras dos copias. Los tres anillos significan las tres religiones monoteístas: cristianismo, islam y judaísmo... Lo importante es el amor del padre con cada uno de sus hijos al entregarles el anillo como herencia y signo de su cariño.

Podríamos seguir buscando muchísimos ejemplos, pero quizás uno de los más significativos para nuestro propósito es la parábola de «los Ciegos y el Elefante». Vamos a detenernos un poco más en esta conocida historia; la recordamos brevemente:

Cuentan que había unos ciegos que nunca habían visto un elefante, por lo que iban tocando las distintas partes del animal, y cada uno describía de acuerdo con la parte del cuerpo que tocara y su particular percepción: «un tubo blando y hueco, un enorme barril, una fuerte columna, un largo y potente cuerno, un muro», etc. Cada uno describía una parte, cada uno tenía parte de razón, pero eran incapaces de representar al animal como un todo. La postura de los ciegos afeñándose cada uno a «su» verdad levanta una fuerte polémica y manifiesta la casi imposibilidad de entenderse.

En primer lugar, no son pocos los que atribuyen esta enseñanza al sufismo islámico en general, y algunos concretan más atribuyéndolo a Rumí, místico persa del siglo XIII. Pero tampoco faltan quienes lo adjudican al hinduismo o al budismo en general, y a Buda en particular.

en una sociedad intolerante», en (M.J. Arana [dir.]) *El Diálogo Religioso en un Mundo Plural*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2001, n. 2.2.

Según su origen, unos lo ambientan en diferentes tierras islámicas; otros, evidentemente, en lugares budistas... Es decir, para unos los ciegos son etíopes, para otros árabes, pero también hablan de Ghor en Afganistán; muchos están de acuerdo en que habitaban en la India, y algunos concretan el lugar en el Valle del Brahmaputra, otros en Savathi, y en no pocos casos no se concreta el lugar; en fin, difícil ponerse de acuerdo.

Según las versiones, también varía el número de ciegos, tres ciegos, cuatro, cinco, seis ciegos..., «el rajá mandó reunir a *todos los ciegos* que había en Savathi (India)»; «un poblado entero en el que *todos* eran ciegos» y, de ellos, *doce* hacen la prueba de palparlo... En fin, lo que se quiera.

La interpretación varía algo, aunque generalmente muy poco. En general, el mensaje más claro que nos comunica esta historia es que nadie tiene la visión o la verdad completa. Incluso que *la suma de visiones parciales no es suficiente para afrontar los problemas y/o* que tan viciado es el análisis demasiado parcial como el excesivamente global⁷. Por lo tanto, «sabio es aquel ciego que escucha las respuestas de otros ciegos y, de ese modo, enriquece la propia». Todos tenemos una verdad parcial, pero necesitamos de los demás para que sea entera (o por lo menos más cercana a la verdad que la parcial de cada uno)...

Pero, sobre todo, varía la aplicación...

Parece claro que Buda, Rumí o quien fuera su autor pensaba en las dificultades de entendimiento entre los seres humanos debido a las distintas experiencias, ángulos de visión, creencias, dogmatismos, etc. que tenemos unos y otros, así como a la incapacidad para llegar a la verdad completa, especialmente en materia religiosa. No vemos el todo.

En un mundo tan secularizado como el nuestro, la aplicación de esta parábola ha sobrepasado los límites que seguramente vieron los autores. Se ha empleado mucho en dinámicas de grupo y en libros de psicología y de trabajo en equipo; incluso en psicología de la empresa y del mercado, aunque es seguro que estas aplicaciones no estaban en la mente de quienes inventaron la historia. Y como en este mundo todo es posible y nos hemos mercantilizado mucho, he llegado a encontrar artículos con títulos como estos: «sobre la vivienda, el mercado y la especulación», «la maestría en la gestión de proyectos»... ¡¡¡basándose precisamente en esta parábola!!!⁸

7. http://estratega.typepad.com/2004/09/los_tres_ciegos.html

8. Algunos títulos y referencias para ilustrar esto: Eduardo SURDO, *La magia de*

Para los que nos dedicamos a las cuestiones religiosas parece evidente que podemos aplicarla, sin ninguna duda, a la necesidad del diálogo entre las diferentes religiones, cada una de las cuales suele creer que detenta el monopolio de la verdad⁹. Por otra parte, cada vez estamos más convencidos de que «Dios es mayor que lo que las religiones dicen sobre Él», y necesitamos acercarnos a todos los ángulos de visión, nos necesitamos... No cabe duda de que hoy entendemos este mensaje en la clave en la que Kant hablaba del «fin del sueño dogmático» y de la necesidad que tenemos unos de otros para adentrarnos en el Misterio que ha sido revelado a toda la Humanidad. Parábolas, historias como éstas, pueden ayudarnos¹⁰ al diálogo, tan fundamental en un mundo plural como el nuestro .

La búsqueda del tesoro

Pero, en realidad ¿dónde hemos de buscar ese tesoro que es la verdad, que es Dios, en definitiva?

La finalidad de todas las religiones es la misma: ayudar a buscarlo. Una tarea tan grande y elevada la explican también por medio de sencillas parábolas. Nos van a explicar que el camino es el mismo en todas: entrar en el fondo del corazón. Jesús no explicó este tema con parábolas, pero sí descubrió su significado: «El Reino de los Cielos está dentro de vosotros» (Lc 17,21), no hace falta ir más lejos; es necesario «entrar» en el corazón, adentrarse ahí conscientes de que lo encontraremos, porque «sois templo del Dios vivo» (2 Co 6,16), «Él mora en vosotros y dentro de vosotros está» (Jn 14,17; cf. 1 Co 3,16; Rm 8,9).

En esta dirección hacia el interior, hacia el corazón, conducen todas las religiones. Vamos a acercarnos a dos parábolas, una judía y otra sufí islámica; su forma y su historia son distintas, pero el contenido o

trabajar en equipo, edic. propia, Pozuelo de Alarcón 1997; Jorge BIELSA, «Sobre la vivienda, el mercado y la especulación»: *Trébede: Mensual Aragonés de Análisis, Opinión y Cultura* (abril, 2003). David SCHAMALTZ, *Fábula de los seis ciegos y el elefante y la maestría en la gestión de proyectos*, Universidad Ramón Areces, Madrid 2004.

9. Por ejemplo, entre otros, Xavier MELLONI, *Los ciegos y el elefante*, Cristianisme i Justícia, n. 97, Barcelona 2000.
10. El dibujo de Fernando Bernabé, del servicio «Posters de Koinonía y Agenda Latinoamericana», puede ayudar a ilustrar muy bien esta parábola. cf.: www.servicioskoinonia.org/posters/posters/elefantep.jpg

significado no varía mucho. En ambas se exige una búsqueda, cuya dirección en un primer momento parece que no ha sido la apropiada; pero en ambas también hay alguien que desde fuera orienta al buscador hacia lo más íntimo de sí: su propia casa.

La primera la sacó a la luz el insigne judío Martin Buber, recogéndola del repertorio Hasidim, y Mircea Eliade la ha dado a conocer.

«En Cracovia vivía hace mucho un judío pobre llamado Eisik. Una noche, en sueños, recibió la orden de ir a Praga. Allí había un tesoro escondido bajo el puente del Rey, que él debería desenterrar y llevarse a casa... Marchó a Praga... Comenzó la búsqueda... Cuando el jefe de la guardia le preguntó qué hacía, él le contó su sueño. Lo primero que hizo el jefe de la guardia fue reírse de él. Pero luego se puso serio y le contó al judío que él había tenido un sueño parecido. Se le había dicho que en Cracovia, en la casa de un piadoso rabino llamado Eisik, detrás del horno, había un tesoro escondido. No bien oyó éste su nombre, se despidió del jefe de guardia y se marchó apresuradamente a Cracovia. Llegando a casa, encontró en seguida el tesoro en su propio cuarto, detrás del horno».

No necesitamos palabras para explicarlo. Hará falta escuchar y adentrarse. El verdadero tesoro está dentro... no hay que ir a buscarlo muy lejos... A menudo no sabemos hacerlo, porque exige mucha atención, porque lo de «fuera» nos parece más evidente... Sin embargo, como comenta H. Zimmer¹¹, esta revelación la recibe Eisik después de haberse puesto en marcha, después de una «peregrinación piadosa» a una región extranjera; un hombre, extranjero también, quizá de otra creencia, de otra raza, es el que le muestra el camino y el sentido de aquel misterioso viaje, es el que le orienta hacia el centro de sí mismo, a su propio corazón. Esta necesidad de «otro» para encontrar el tesoro, que encontramos en ésta y en la siguiente parábola, nos remite también a la anterior; los demás completan la imagen, nadie tiene el todo.

Pero la facilidad para errar en el camino de búsqueda y la necesidad de una orientación desde el exterior la explica también con realismo una sencilla parábola sufí:

Un día estaba Mullah en la calle, a cuatro patas, buscando algo, cuando se le acercó un amigo y le preguntó:

– ¿Qué buscas, Mullah?

11. Mircea ELIADE, «Simbolismo religioso y valorización de la angustia», en *Mitos, Sueños y Misterios*, Madrid 1991, p. 55.

- Y éste le respondió:
 – He perdido mi llave.
 – Oh, Mullah, qué terrible. Te ayudaré a encontrarla.
 Se arrodilló y, al cabo de un rato, le preguntó:
 – ¿Dónde la perdiste?
 – En mi casa.
 Entonces, ¿por qué la buscas aquí fuera?
 – Porque aquí hay más luz».

Ciertamente, y aunque parezca cómico, ¡eso es lo que hacemos con nuestra vida! Creemos que lo que necesitamos buscar está ahí afuera, a la luz, donde nos parece que es más fácil encontrarlo, cuando las únicas respuestas están en el propio interior. Hay cosas que, si salimos a buscarlas fuera, jamás las hallaremos... Pero sí las encontraremos si tratamos de encontrarnos a nosotros mismos, el fondo de nuestro ser... Desde luego, fuera es imposible. El tesoro, la llave, el secreto, están en el corazón.

Las dos parábolas son preciosas. Y las dos nos orientan en esa misma dirección hacia la que Jesús, como todo Maestro espiritual, dirige y guía: «*El Reino de los Cielos está dentro de vosotros*» (Lc 17,21), y por eso, por ese *tesoro*, por esa *perla*, según las dos parábolas que el mismo Jesús contó a sus oyentes, vale la pena darlo, «*venderlo todo*» (Mt 13,44-46).

Pero ¿cuál es el camino y cómo llegar en medio de las dificultades? Una parábola judía, Pesiqta Rabbati¹², 44, dice así:

«Parábola de un rey que estaba separado de su padre por una distancia de cien días de marcha. Sus amigos le decían: “¡Vuelve al lado de tu padre!” Pero él respondía: “No puedo. No tengo fuerzas para ello”. Entonces su padre le mandó decir: “Haz lo que puedas, camina según tus fuerzas, y yo iré y haré el resto del camino para llegar hasta ti”.

Así también el Santo, bendito sea: “Volved a mi, y yo volveré a vosotros” (Zac 1,3)».

Esta parábola nos sitúa ante la debilidad humana y la bondad de Dios; se constata la impotencia, las dificultades y la necesidad de ayu-

12. Pesiqta Rabbati, Colección homilética (haggádica). Haggadá: Conjunto de tradiciones narrativas: relatos, anécdotas, leyendas, máximas, mesalim (parábolas)... por las que se puede escudriñar la Torá. Toda la literatura rabínica se distribuye ente Halaká y Haggadá. Notas de D. DE LA MAISONNEUVE, *Parábolas rabínicas*, cit., pp. 58-59.

da para realizar el viaje interior, nada fácil, que veíamos necesario en la vida espiritual, como en el caso del rabino Eisik; pero hay Alguien que está dispuesto a acercarse. Aquí se nos muestra el rostro de ese «Santo», Dios, un Padre lleno de amor y, por tanto, capaz de la cercanía total. Este texto promueve la confianza en ese Padre, la «conversión», el deseo de ponerse en camino (esto es la conversión) para volver al Padre, contando, evidentemente, con su ayuda. Es decir, esta parábola nos muestra no sólo el camino, sino el corazón de ese Padre que *«hará el resto del camino para llegar hasta ti»*.

Las parábolas que nos cuentan cómo es Dios

La parábola anterior nos ha puesto ya en camino para explicarnos algo de cómo es Dios, cuya comprensión es siempre tarea difícil para el ser humano. Porque «a Dios nadie le ha visto jamás» (Jn 1,18); pero Él, Jesús, «siendo la imagen del Dios invisible», nos lo muestra; viéndolo a Él, vemos al Padre (cf. Jn 14,9); además, ha querido decírnoslo con sus palabras, «Él nos lo ha contado» (Jn 1,18).

Y nos lo ha contado con sus obras y con sus discursos, pero también con sencillas parábolas y comparaciones. ¡Lo más sublime, explicado en el lenguaje más simple! Nos ha contado que Dios es un Padre con rasgos profundamente maternos. Un Padre capaz de esperar pacientemente al hijo descarriado y echarse a sus brazos, en un abrazo cargado de ternura, amor y misericordia (Lc 15,11-31), como esa mujer que, llena de alegría, comunica a sus vecinas que ha hallado la moneda, y que en realidad somos cada uno de nosotros/as... O como esa gallina que recoge a sus polluelos bajo su protección amorosa (Lc 13,34). Dios es también el Pastor que con toda delicadeza y cuidado carga sobre los hombros la oveja que, con solicitud infinita, ha estado buscando, y lleno de alegría la lleva a lugar seguro (Lc 15,4-7; Mt 18,12)... Un Dios que cuida con ternura inefable de cada uno de nosotros y sabe todas nuestras necesidades, vela por ellas (Lc 12,22-32).

En estas preciosas parábolas expresa Jesús el misterio insondable del amor que Dios nos tiene; lo describe con rasgos profundamente humanos para mostrarnos el corazón del padre, el Corazón de Dios. Toda su predicación, toda su vida en realidad, está orientada a mostrarnos «el amor que Dios nos tiene»; y ésta es la experiencia más importante de nuestra vida, es la experiencia por antonomasia: desde ella podremos entender y captar el amor que Dios nos tiene, y comunicarlo.

La experiencia da un tono diferente a todo

Dorothee Sölle insiste en la necesidad de que estas imágenes vayan acompañadas de «una experiencia *memorable*»¹³, que quede tan profundamente marcada que fortifique por dentro y nos ayude a caminar.

Como decíamos anteriormente, refiriéndonos a la fuerza operativa de las parábolas y utilizando las palabras del Mahabharata, «*si escuchas con atención un relato, nunca volverás a ser el mismo, porque el relato se introducirá en tu corazón*»; pero cuando las parábolas promueven por dentro una experiencia fundamental, entonces la vida y el corazón cambian totalmente.

Voy a terminar con una parábola anónima muy reciente que encontré en una hoja de calendario, pero que me pareció de una calidad digna de los mejores libros de espiritualidad. Describe con simplicidad y convicción la fuerza actuante de la experiencia.

«Al final de una cena en un castillo inglés, un famoso actor de teatro entretenía a los huéspedes declamando textos de Shakespeare. Después se ofreció a que le pidieran algún “bis”. Un tímido sacerdote pidió al actor si conocía el salmo 22. El actor respondió: “Sí, lo conozco, pero estoy dispuesto a recitarlo sólo con una condición: que después lo recite usted”.

El sacerdote se sintió incómodo, pero accedió. El actor hizo una bellísima interpretación, con una dicción perfecta: “El Señor es mi Pastor, nada me falta...”. Al final, los huéspedes aplaudieron vivamente. Llegó el turno al sacerdote, que se levantó y recitó las mismas palabras del salmo. Esta vez, cuando terminó, no hubo aplausos, sólo un profundo silencio y el inicio de lágrimas en algún rostro. El actor se mantuvo en silencio unos instantes, después se levantó y dijo: “Señoras y señores, espero que se hayan dado cuenta de lo que ha sucedido esta noche: yo conocía el salmo, pero este hombre conoce al Pastor”».

Una experiencia memorable... experiencia que une y enlaza todas las religiones... ¡Lugar ecuménico, lugar de encuentro, parábola de reconciliación!

13. Dorothee SÖLLE, *Reflexiones sobre Dios*, Herder, Barcelona 1996.

RINCÓN DE LA SOLIDARIDAD

Solidaridad, ¿cómo? Comunidades de solidaridad, o el estilo del sector social

Delegación de Acción Social
(Provincia de Castilla SJ)

No es normal que Estrella me llame, por motivos de trabajo, un sábado por la tarde. Es la responsable del programa de acompañamiento a la inserción de Cáritas, y somos viejos amigos. Pero, ya digo, esa llamada no era habitual, y en seguida lo noté en el tono de preocupación en su voz. Me habló de *Miren*: «Es un caso urgente; ¿se te ocurre algún sitio donde acoger a una chavala embarazada de ocho meses? Sería solo hasta que dé a luz y la acepten en un centro».

Esa misma noche llamé a *Rocío* y directamente le conté el caso. «Dame un poco de tiempo para hablarlo con la comunidad», fue su respuesta. A la mañana siguiente, después de misa, charlamos con más calma, quedaron con Estrella y tomaron su decisión. La sencillez del proceso me recordó que, para los cristianos, «lo que vale es una fe que se traduce en amor» (Gal 5,6). *Miren* se trasladó a su casa el lunes a media tarde, e incluso le dio tiempo a incorporarse a la misa y cena que tenemos en la parroquia con los «amigos de CVJ» una vez al mes. Y es que *Rocío* fue parte de la *Comunidad de Voluntariado Jesuita (CVJ)* hace ya unos años, y desde entonces se quedó a vivir en el barrio, formando una pequeña comunidad. Con ella y con los demás CVJs actuales y antiguos, con la parroquia, con los voluntarios de la asociación, con los amigos de Cáritas, con la comunidad de jesuitas... vamos intentando descubrir cotidianamente lo que significa ser una comunidad de solidaridad.

Mi oración de esos días quedó dominada por una sencilla *imagen evangélica*: el Reino de Dios se parece a un grano de mostaza, que es una semilla muy pequeña, pero que cuando brota «se hace más alta que las demás hortalizas y echa ramas tan grandes que los pájaros pueden anidar a su sombra» (Mc 4,32). La semilla está plantada y se hace operativa en el amor encarnado. La comunidad de solidaridad va creciendo y tiene capacidad para generar espacios de acogida. Es sólo un arbusto; Mateo y Lucas dirán que es un árbol, pero en el texto de Marcos es un humilde y acogedor arbusto. Por supuesto, no hemos solucionado toda la problemática de los malos tratos a la mujer, de las toxicomanías o de las familias monoparentales. Pero Miren y su bebé tienen un hogar donde vivir. Y, en el mismo proceso, la realidad social se va transformando.

CVJ nunca ha sido un proyecto grandioso ni de masas. Es, más bien, un sencillo intento de plantar y cuidar la semilla de la fe, la justicia y la solidaridad para que pueda crecer, dar fruto, y hasta dar cobijo a otras personas como un humilde arbusto. En estos años de CVJ en nuestra provincia, unos cuarenta jóvenes han dedicado plenamente un año de su vida a lo que a veces decimos que es lo más importante: el servicio a los pobres y la convivencia en un barrio popular, la relación intensa con Dios y el cultivo espiritual, la vida en comunidad, y un estilo de vida sencillo y austero. Estos cuatro valores de CVJ tienen garra suficiente para transformar y articular una vida desde criterios evangélicos. Su fuerza transformadora no está en los números, sino en la coherencia, la fidelidad y la autenticidad de la experiencia.

Sin embargo, no deja de sorprendernos el hecho de que en nuestro país CVJ no sea una opción algo más atractiva, como sí ocurre en otros países. Por ejemplo, en Estados Unidos ha habido casi 10.000 «cvj's»; en Inglaterra, Francia o Alemania tienen todos los años varias comunidades abiertas. Nos cuentan que en algunas universidades católicas de Estados Unidos, el 10% de sus graduados, al acabar la carrera, se involucran en algún tipo de programa «tipo CVJ» durante uno o dos años. Está claro que no es algo para todos, sino más bien minoritario; pero ¿se imagina el lector que 150 jóvenes al acabar sus estudios en la Universidad Pontificia Comillas decidiesen dedicar un año a esto? ¿O simplemente quince entre todos los grupos universitarios animados por la Compañía de Jesús? Nos gustaría avanzar en esa dirección, con humildad y entusiasmo.

Por supuesto, CVJ no agota, ni mucho menos, lo que queremos vivir y hacer en torno a las comunidades de solidaridad. Una de las plataformas que con más seriedad han asumido el reto de convertirse en comunidades de solidaridad son las *parroquias*, de un modo especial las de barrios populares. Por esta razón, desde el principio quisimos que CVJ estuviese vinculada a la parroquia *San Raimundo de Peñafort*, en el Pozo del Tío Raimundo, lo cual ha ayudado a ir creando, poco a poco, una «plataforma Pozo» junto a *Aloverse*, la parroquia y la comunidad de jesuitas. De hecho, buena parte de los proyectos que constituyen el sector social de nuestra provincia y que irán apareciendo en las páginas de esta serie han surgido y mantienen estrechas relaciones con diversas parroquias. Por eso vamos ahora a detenernos simplemente en dos ejemplos que no son estrictamente parte del sector social, pero sí encarnan a su manera el ser comunidad de solidaridad.

En *Logroño*, la parroquia *San Ignacio de Loyola* lleva décadas atendiendo a la realidad social del barrio, ya sea directamente o como parte del arciprestazgo. Así se han generado, mantenido y apoyado programas contra la droga, de alfabetización de personas adultas, de atención a minorías étnicas (gitanos e inmigrantes, sobre todo), a personas sin hogar, programas de atención lúdico-educativa para niños y jóvenes sin recursos, promoción de actividades de tiempo libre, atención a «Alcohólicos Anónimos», presencia y ayuda social para los internos en la cárcel... Pero lo central es que no se trata de un elenco de servicios aislados, sino de la respuesta de la comunidad cristiana a la realidad circundante. De hecho, en los últimos diez años, el proyecto pastoral gira en torno a la noción de comunidades de solidaridad.

Algo similar podríamos decir de la labor pastoral en *Badajoz*. Apoyado en el triángulo parroquia – escuela de formación profesional – centro pastoral juvenil, el trabajo de estos últimos años va articulándose en torno al fomento y fortalecimiento de comunidades de solidaridad en la Red Ignaciana. Dos ejemplos recientes son el programa de atención a presos de la *Asociación Para la Libertad* (con su piso de acogida, cursos sociolaborales, e incluso una pequeña empresa informática que da trabajo a algunas personas al acabar el tiempo de su estancia en prisión) y el programa de atención integral a las familias en la Escuela *Virgen de Guadalupe*.

Esperamos que estas consideraciones y ejemplos ayuden a entender lo que queremos sea el estilo básico de nuestro sector social, el

«cómo» vivimos la solidaridad en lo concreto. La expresión «*comunidades de solidaridad*» fue acuñada en la Congregación General 34 de la Compañía de Jesús, y alude a un espacio social en el que vivir, rezar, pensar y trabajar juntos, de modo que en ellas se pueda cuidar al otro, buscar la verdad, acoger al pobre y luchar por la justicia. Eso es lo que queremos vivir, esa es nuestra apuesta. Con humildad, como la semilla que creció hasta ser un arbusto en el que anidaron los pájaros. O como la comunidad que pudo acoger a Miren.

CVJ - España
Esteban Carros, 35
28053 Madrid
e-mail: cvj2005@hotmail.com

LOS NOMBRES DE DIOS

3.

Dios Misterio

Pedro RODRÍGUEZ PANIZO*

Como nombre de Dios, «Misterio» exige, de entrada, no cometer con él lo que Ortega llamaba *pecado cordial* –por tener su raíz en la falta de amor. Consiste éste en una profunda indelicadeza por la cual forzamos a lo que se muestra a que lo haga por el camino que nosotros mismos le exigimos, y no como lo implora la intimidad de su ser. Se trata de un empequeñecimiento del mundo, al cercenar de él zonas enteras de lo real. La imposición de una lógica *única* como expresión del modo de funcionar la razón, bajo la cual el fenómeno aparece como un caso particular de ella, una vez que ha sido decretada de antemano como la única posible. Obligamos así a lo profundo a que se manifieste como lo superficial, puesto que deja de oírse y hasta de padecerse –por falta de resonancia interna– la experiencia originaria del estilo propio de aquello que se muestra en cada caso, y que los fenomenólogos han identificado felizmente con la razón, haciendo posible un suelo nuevo, más allá de racionalismos y empirismos, donde el respeto infinito renuncia a someter a lo real a nuestras manías, miedos e intereses. Al hacerlo así, nos han ayudado a percibir las cosas más decisivas e importantes, aquellas en las que nos va la vida (valor, persona, dolor, alegría, amistad, gozo, tristeza, sentido, belleza, deber, derecho, etc.), no como representaciones meramente conceptuales del entendimiento, al modo de una fotografía «mental» de las cosas, sino como dedos que apuntan,

* Profesor de Teología. Universidad Pontificia Comillas (Madrid).

más que al diccionario o al discurso que habla de oídas, en la dirección de experiencias tenidas o posibles.

Si esto es así, la más noble vocación del ser humano será la de ser *liberador de fenómenos*; y, por tanto, el asombro o la admiración de la experiencia originaria más elemental irán indisolublemente unidos a la experiencia ética, a la bondad, puesto que sin esa actitud de benevolencia y hasta de compasión frente a la desnudez de las cosas, frenaríamos antes de tiempo la espera, como el dueño de esa viña que, ante una higuera que no daba fruto y ocupaba terreno estérilmente, pedía al viñador de su finca que la cortase sin remedio; sin embargo, la paciencia –que es otra cara de la bondad– se toma el tiempo necesario para dejar que se digan todas las perspectivas, cavando y abonando el terreno «por si da fruto en adelante» (Lc 13,6-9). Justamente, en el hecho de que haya ser y no más bien la nada, de que haya verdad, es donde aparece el misterio como misterio. Lo ha dicho con precisión y belleza von Balthasar en el volumen primero de su *Teológica*: «la esencia que aparece se mantiene siempre oculta en su intimidad, en su libre ámbito interior. Tiene ciertamente, en cuanto apariencia, su lado exterior, pero precisamente en éste se advierte que detrás existe una parte interior que no aparece, de la cual surgen las apariencias y que se expresa *no apareciendo* en las apariencias» (I, 203). Lo que aparece emerge, pues, de esa especie de corazón u hondura del ser, cuya interioridad queda así protegida de una posible exterioridad cosificadora u objetivante, de modo que la invisibilidad u ocultación no es sino una cualidad positiva, una tercera dimensión que constituye su interioridad o profundidad, su *por de dentro* –en la hermosa expresión de Quevedo– intangible e invisible que espera del ser humano una exquisita sensibilidad ética, gracias a la cual sea acogido al darle la largura, el espacio y la libertad suficientes como para dejarlo en su anchura (san Juan de la Cruz). «Sólo un ser dotado de misterio es, a la larga, digno de amor. No es posible amar algo sin misterio; ese algo sería a lo sumo una cosa de la que se podría disponer, pero no una persona hacia la cual podríamos mirar respetuosamente» (*Teológica* I, 204).

Y al decir con el teólogo de Basilea que lo que se muestra no es «una cosa de la que se podría disponer», se está ya lanzado hacia aquella realidad que señala la palabra «misterio». Este brevísimo ensayo intentará, en primer lugar, deslindarlo de lo que no es, de la mano del sugerente pensamiento de Gabriel Marcel a este respecto. En un segundo momento, se atenderá a la realidad religiosa que expresa, a la vida del sujeto, al misterio que es el hombre para sí mismo como «impera-

tivo de interrogación» (G. Steiner), para, en tercer lugar, mirar en la dirección a la que apunta: la Realidad de la religión a la que simboliza, mostrando cómo el prestar atención a la relación de correlación entre estos dos polos es precisamente comprender su significación. Por último, se hará una breve alusión a la relación de misterio y escándalo, por las consecuencias que ello tiene para la vida creyente y la reflexión teológica. Al proceder así, no olvido que hay una precedencia ontológica y teológica del tercer momento sobre el segundo, puesto que es el Misterio Santo el que ilumina y provoca a la conciencia, más que ésta a aquél; pero en el orden del conocimiento y hasta de la cronología hay una prioridad –diríamos *noética*– respecto de la realidad en sí misma. Decía Tomás de Aquino que «el amor es el regalo esencial», y que «todo lo demás que se nos da sin merecerlo se convierte en regalo en virtud del amor» (*STh*, I, 38, 2); es decir, que la gracia que es el don de Dios mismo hace posible que todo aparezca como reflejo de ese don, si bien en algún momento, en alguna experiencia de gratuidad, se habrá descubierto, habrá cobrado «voz» por primera vez la profundidad de ésta y la condición que la hace posible.

1. De lo que no es el término «misterio»

No es lo mismo «misterio» que «enigma». En el lenguaje cotidiano se confunden muchas veces. ¿Quién no ha oído hablar alguna vez de los enigmas o misterios de la naturaleza, ocultos a nuestro limitado conocimiento actual, pero que, de seguro, serán resueltos y desvelados en el futuro por el progreso de la ciencia? Ha sido un mérito muy notable de Gabriel Marcel habernos sensibilizado a la diferencia abismal que existe entre un *pro-blema* (*ob-jectum*, *ob-jeto*) y un misterio. Al primero lo encuentro *ante mí* enfrentándome a él, pudiéndolo cercar y, en algún sentido, dominar y hasta reducir; por el contrario, en un misterio estoy comprometido de lleno, me va el ser en ello, es algo sólo pensable como abarcador –como una esfera, llega a decir el filósofo francés– en donde las categorías *en mí* y *ante mí* ya no poseen el significado y el valor iniciales. No hay drama mayor que degradar o reducir un misterio y convertirlo en un problema, hasta el punto de que Marcel piensa que ese procedimiento es nada menos que una corrupción de la inteligencia. El misterio pide ser reconocido, aunque deja espacio para su desconocimiento y hasta para su negación activa. Siempre que se produce su reducción a problema, se convierte en algo «de los demás»

que yo he superado, algo de lo que «he oído hablar». El misterio no es lo incognoscible, puesto que esto último es en realidad el límite de lo problemático, sino la transcendencia (diferente de todo lo conocido y de todo lo desconocido, como dice un texto de la tradición hindú). Piénsese en muchas de las teorías sobre el problema del mal que se han elaborado desde la antigüedad hasta nuestros días, y podrá sorprenderse en muchas de ellas cómo el misterio en el que se está se reduce a problema que se tiene y «explica». Y como con éste, sucede también con la mayoría de las realidades espirituales que más nos importan.

El reconocimiento del misterio es para Marcel un acto positivo que necesita del recogimiento, en cuya posibilidad efectiva ve el índice ontológico más revelador: el misterio del ser sólo se entrega a un ser capaz de recogimiento y que no coincide consigo mismo. En su metodología de lo inverificable, como la denomina Pietro Prini, nuestro filósofo utiliza ejemplos de experiencias muy concretas de la vida espiritual: la fidelidad, la esperanza, el amor. Remite a ellas justamente para evitar que suceda la reducción a problema, al pensar que son meras «fotografías mentales» de las cosas, como dije al principio, cuando en realidad son flechas que apuntan a fenómenos sucedientes, abarcadores, interpelantes. Estas realidades supremas son *presencias*. Y es que no podrá utilizar la categoría misterio si una presencia no fuera en algún modo presentida. Toda presencia pertenece a las realidades de tipo misterio, más que a las de tipo problema, aunque no esté libre de una posible reducción a éstas.

Los ejemplos del mismo Marcel no pueden ser más evocadores: la presencia de un ser que duerme cerca de nosotros, especialmente un niño (o un anciano) completamente desarmado. Aunque parece estar totalmente en poder nuestro –podríamos hacer con él lo que quisiéramos–, sin embargo, al ser una realidad de tipo misterio es precisamente esa *vulnerabilidad* la que le torna sagrado e inviolable, y sería el mayor signo de barbarie no reconocer esa vulnerabilidad. Tanta importancia tiene este hecho que, para el autor citado, es nada menos que la raíz de una metafísica de la hospitalidad. No es casualidad el hecho de que la palabra alemana para misterio –*Geheimnis*– contenga la misma raíz que patria (*Heimat*), evocando una realidad abarcadora, hogareña, habitadera. Otro sugestivo ejemplo al que suele recurrir Marcel es una experiencia que hemos podido tener casi todos: la sensación de que alguien que se halla en nuestra misma habitación y a quien vemos y oímos perfectamente, e incluso podemos tocar, se encuentra infinitamente más lejos de nosotros que otra persona muy querida que está a

kilómetros de distancia y a quien, sin embargo, sentimos entrañablemente presente. Aunque puede darse la comunicación con quien tenemos al lado en la habitación, le falta el ingrediente esencial de la comunión. Interponiéndose entre yo y mi propia realidad, me hace extraño para mí mismo, dificultándome ser yo mismo estando con él, cosa que no ocurre cuando rememoro a la persona querida cuya presencia se vuelve reveladora al hacerme ser más de lo que sería sin ella. Un último ejemplo, de entre los muchos que le sirven al filósofo francés para evocarnos su realidad haciéndonos viajar hacia el oriente de lo señalado por la palabra misterio, es el mundo de una relación personal. Se ha dicho mas arriba que el misterio pide reconocimiento y compromiso, salida de sí mismo o transcendimiento; pues bien, para evitar las connotaciones espaciales de este último término (*trans*, *scandere*), que evoca un movimiento de travesía y ascensión, Marcel dramatiza señalando a un marido que se casa con su mujer por motivos no muy elevados, como tener una criada barata o por los goces que puede ofrecerle, pero que, de pronto, un buen día hace la experiencia de tratarla como existente en sí misma, como tú, transformándose interiormente (transcendiéndose) hasta sacrificar con gusto por ella incluso proyectos que, antes del acto de radical transcendimiento, le parecían tan importantes que le habría sido imposible renunciar a ellos, de tan centrado como estaba en sí mismo. El movimiento que expresa este ejemplo permite dotar de significado a la exigencia de transcendencia típica de una realidad de tipo misterio. Estas consideraciones nos llevan sin darnos cuenta al misterio que es el hombre para sí mismo.

2. Del misterio que es el hombre para sí mismo

George Steiner ha llamado al ser humano un «imperativo de interrogación», y Karl Rahner afirma que el hombre no tiene una pregunta, sino que él mismo es esa pregunta (cf. *Grundkurs*, 23), condición de posibilidad para oír la respuesta del mensaje cristiano. Y es un misterio para sí mismo, en primer lugar, porque no está *ante sí* como ante un objeto, pues ante cualquier cosa podemos situarnos de manera utilitaria, menos ante el yo, que es siempre *ejecutivo*, como dice con razón Ortega. Entre «yo ando» y «él anda» hay una notable diferencia. En el segundo caso, veo a alguien moverse por el espacio, cambiar de posición; en el primero, andar es una experiencia que se vive desde dentro de ella, una realidad ajena al espacio, hecha de íntimo esfuerzo o sen-

sación de resistencia o fatiga que no se parecen en absoluto a un cuerpo que varía su posición en él. El yo está siempre siendo, ejecutándose, y por eso es inobjetable. Y así hay toda una clase de verbos que pertenecen a ese tipo de realidades del estilo «yo ando»: deseo, siento dolor, gozo, espero, sueño... Dice Ortega con cierta gracia que el ser roja de una caja es para ella como es para mí el dolerme. Pero hay una razón todavía más profunda que hace posible este fenómeno y que ha tematizado actualmente con mucha justicia Miguel García-Baró, al hablar de la quiebra en la infancia de la *situación primordial* y la irrupción de la *situación fundamental*. La primera es aquella en que nos dejamos vivir arrastrados por el torbellino de la inmediatez de lo finito que impide desconocer esa situación esencial. En un momento crucial de la infancia, en una especie como de rito iniciático por el que se accede al misterio de la existencia, se disocian ambas situaciones, irrumpiendo con fuerza la segunda, que consiste en hacerse cargo explícitamente de la condición finita de todo: el mundo, la vida en él, yo. Esta experiencia sobreviene como un principio de irrupción que nos transforma para el resto de nuestra vida, pues revela que llevamos dentro un misterio que nos desborda (von Balthasar). García-Baró llega a decir que esta tremenda y fascinante experiencia puede repetirse en todas las edades de la vida y encender en cada una de ellas la vocación ética profunda, la artística, la intelectual o la religiosa.

Desde el momento en que eso ocurre, cobra voz por vez primera la inadecuación entre nuestro deseo radical, o ímpetu de transcendencia –que Blondel llamaba *voluntad queriente*– y la red enorme de nuestros proyectos, ideales, esperanzas y sueños concretos (*voluntad querida*), que jamás volverán a coincidir con aquélla, si es que alguna vez lo hicieron. Semejante herida ontológica no dejará de clamar durante el resto de nuestra vida, a condición de que no la reprimamos y acallemos volviendo una y otra vez a instalarnos en la situación primordial, aunque intuyamos en ese movimiento de retroceso un proceder que nos empequeñece y nos aleja de lo más originario de la existencia. Apropiarse existencialmente de este límite esencial y, tras él, de su reflejo en todos los que irán apareciendo en cada dimensión de la vida a través del tiempo, no es ni más ni menos que vivir en la verdad, ya que también ahí se desvelan inauditas esperanzas, puesto que esa huella es un más acá de un más-allá insondable, un verdadero motor de la existencia y de toda lucidez posible. Lo que Max Scheler decía del valor moral del conocimiento filosófico podría aplicarse especialmente a esta experiencia fundamental del misterio de la existencia, dado que na-

die es superficial impunemente. Otros lo han denominado experiencia de la transcendencia (Rahner), condición síntesis de finitud e infinitud, temporalidad y eternidad del ser humano (Kierkegaard), en la que el misterio con minúscula que somos roza la orla del Tú Eterno, del Misterio con mayúsculas.

3. De Dios, Realidad de la religión, como Misterio Santo

Si «misterio» expresa la vida del hombre, el misterio que es para sí mismo, también simboliza la Realidad más sagrada de la religión, el Misterio que nuestra tradición invoca como Trinidad Santa. Llamarle con el nombre de «Misterio» apunta a la experiencia de su Transcendencia suma, del hecho y la fe de que es, a la vez, la alteridad –lo totalmente Otro–, lo *superior summo meo* y lo más íntimo al hombre y a la realidad toda que quepa pensar (*interior intimo meo*), sin que ello suponga perder en lo más mínimo un ápice de su transcendencia. Precisamente por esa su condición de alteridad suma, puede estar tan íntimamente presente en el corazón del hombre como no lo está ninguna presencia humana. De los análisis de Lévinas sobre la relación con el otro a través de su rostro se desprende que si éste, pobre y despojado, se resiste a la indiscreción del acto intencional, al no ser nunca un objeto, pues trastorna nuestro egoísmo moviéndonos hacia la altura de la responsabilidad, cuánto más se resistirá el Misterio Santo a ser tratado como el *nóema* de la intención (*nóesis*) religiosa. El Misterio es Transcendente, además, porque, como dice el Salmo 4, «en el aprieto nos diste anchura»; es decir, porque nos potencia, eleva, asciende, engrandece; nos salva. Realidad que algunos teólogos y filósofos expresan incluso en la grafía escribiendo «Trans-(as)-cendente» (A. Gesché. E. Lévinas). La suya es una Presencia donante, dadora del ser, provocadora de nuestra palabra, siempre a Él debida, pues sólo se proclama su alabanza cuando nos abre los labios. Su presencia inobjetiva, como gusta de decir con toda razón Juan Martín Velasco, está siempre existenciándonos, manteniéndonos en vilo sobre la nada, amándonos. Por eso es también intimidad que acoge, cercanía indecible que consuela y protege, amor que se comunica y regala. Lejos de morir nuestro misterio al contacto con el suyo, se engrandece, se dilata infinitamente en todas las dimensiones en las que consistimos como personas. Presencia que hiere en «la mitad del corazón del espíritu», como dice san Juan de la Cruz, y «en lo cual le parece al alma que todo el univer-

so es un mar de amor en que ella está engolfada, no echando de ver término ni fin donde se acabe ese amor, sintiendo cabe sí, como habemos dicho, el vivo punto y centro del amor» (*Llama B*, 2, 10).

Degradar el Misterio Santo de Dios a problema sería idolatría. Incluso hacer «tema» de él, como es propio de la teología, supone siempre tomar las cautelas de dejarle primero hablar en nosotros, obsequiándole con el descentramiento de la escucha primera que hace posible el silencio, de ejercer la fe que pone en marcha la comprensión –es decir, ser creyente–, de modo que el discurso que salga como consecuencia de esa experiencia sea también catalizador de ella, ayude a la comunidad cristiana a personalizar mejor esa fe y a vivir más decididamente comprometidos en historias dramáticas de amor al prójimo. Su Presencia «posibilitante e impelente» (Zubiri) irrumpe como término de nuestra preocupación última (Tillich), conmocionando el ámbito de nuestras preocupaciones preliminares, embargándonos de nostalgia de Infinito y poniendo todas ellas en razón, lo que supone para el creyente un proceso de conversión y transformación constantes, una verdadera inversión intencional (Juan Martín Velasco) en todos los órdenes: la razón, los afectos, las valoraciones, afinando y despertando la profundidad de la razón, de los afectos y de los valores; un como sentido ilativo o *Acoustic Concern* que hiciera de nosotros una caja de resonancia de toda clase de tonalidades espirituales, de modo que todo pueda, por gracia, convertirse en palabra y símbolo, haciendo de cualquier acontecimiento la voz del Verbo (Isaac de la Estrella).

Si todas las características de las realidades de tipo misterio (ser abarcador e inobjetivo, pedir compromiso y reconocimiento) se dan en las realidades espirituales humanas, especialmente en las interpersonales, con mucha más razón cabe esperar que ocurra con el Misterio Santo. Hasta ahora me he referido con preferencia a los dos primeros aspectos citados en el paréntesis, pero falta hacer mención del último, el reconocimiento, dejando por el momento el compromiso para el apartado final. En nuestra tradición cristiana denominamos «fe» a la actitud exodal y teologal que reconoce la supremacía ontológica, axiológica y augustamente santa del Misterio (la Trinidad Santa) y que consiste –fundamentalmente– en una radical confianza por la cual nos entregamos a la realidad de Dios que se nos da a sí mismo y nos hace ser, consintiendo a ella, agradeciendo provenir de su amor originario (protología), caminando hacia ese mismo amor originario (escatología) mediante un radical descentramiento o expropiación de nosotros mismos para vivir de Dios como único centro, como lo Único Necesario.

En esta verdadera desinstalación, propia de un nómada bíblico, no parece el sujeto, sino que más bien se realiza plenamente; se salva, al serle experiencia que el verdadero sujeto de la relación, el que ha ido sosteniéndole en la búsqueda –es más, provocando y animando a la búsqueda misma– es el mismo Dios. Ahora comprende también que, si él es un misterio con minúscula, es porque el Misterio con mayúsculas le ha dotado de una profundidad infinita al crearle, al haberle hecho término de su amor inefable. No es extraño que muchos miembros de esa «gran nube de testigos» (Heb 12,1) que nos han precedido hayan podido vivir esta experiencia como un nuevo nacimiento, como una verdadera conversión del corazón mediante la cual la razón creyente, iluminada por su luz, renuncia a domesticar, explicar o reducir la realidad y comienza a percibir la dimensión de profundidad por la que todo remite al Padre en el Hijo por el Espíritu Santo, a tenor de lo que nos dicen textos como Col 1,15-20. El amor, más que dominar, controlar y poseer como si fuera el sol de un pequeño sistema planetario alrededor del cual girase el mundo entero, consiente en descentrarse, renunciar a su egoísmo, reconocer, recibir agradecido el don de los otros y del mundo, percibiendo en ellos un reflejo de la Verdad-Bondad-Belleza que se anuncia como el misterioso fundamento inabarcable de todo lo que es. Es más, el colmo de la dicha proviene del hecho de que todo ello ocurre en el descubrimiento de que también se es libre ante el mismo Dios, culminación de la libertad del ser humano, puesto que por gracia se es filiado e incorporado a su misma vida, injertado en la invocación del Hijo: Dios vivido como bien para el hombre, colmando de esperanza su vida al dotarla de sentido y desabsolutizar como penúltimas todas las realidades intramundanas.

4. Del escándalo siempre posible ante el Misterio Santo

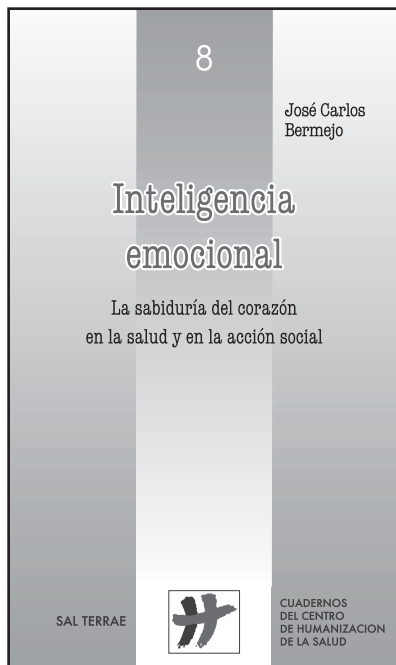
Finalmente, me gustaría hacer una breve alusión a un peligro siempre posible para el creyente, a una de esas variadas formas de «ateísmo interior» (M. García-Baró) o de increencia práctica del creyente: el escándalo ante el estilo propio del Misterio, la falta de compromiso real con Él. «Y dichoso el que no se escandaliza de mí» (Mt 11,6); o, en la traducción de Ausejo: «y bienaventurado aquel que en mí no encuentre ocasión de tropiezo»; es decir, percibir escándalo y locura donde debería verse el poder infinito del amor sin reservas y la sabiduría de la vida verdadera (cf. 1 Co 1,18-25). No me refiero con ello a la con-

traposición, que a veces se hace demasiado rígida y apresuradamente, entre la sabiduría de la cruz y la cultura secular *auténtica*, como si las cosas fueran tan simples como elegir entre «Cristo o la nada». Me refiero a algo mucho más profundo y turbador, que un buen discernimiento de espíritus puede detectar alguna vez en cualquiera de nosotros. Una especie de *escándalo teológico*, por estar centrado en el misterio de la cruz y en todo lo que en torno a ella se articula en la fe cristiana: encarnación, redención, Trinidad, el miseroso «habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó *hasta el extremo*» (Jn 13,1), o el casi siempre mal traducido «el que ni siquiera escatimó darnos a su propio Hijo, sino que por todos nosotros lo entregó» (Rm 8,32); amor que «todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo aguanta» (1 Co 13,7) y revela de Dios cosas trans-(as)-cendentes, extremosas y abarcadoras que conmueven y superan nuestra comprensión cosificante y reductora de misterios a problemas. Al ser ésta literalmente interpelada, criticada, conmocionada y rota mediante preguntas inquietantes (habla de kénosis-muerte): «¿Dónde está tu hermano» cuya sangre «me grita desde la tierra» (Gn 4,9-10), nos provoca un primer movimiento de escándalo o tropiezo por el que, como Pedro en Mt 16,23 (o Mc 8,33), tomaríamos aparte a Jesús para aconsejarle que las cosas no sean así, que no discurran por el camino del vaciamiento y de la entrega total de sí mismo. Un escándalo del tipo *segundo binario* de la famosa meditación ignaciana, que consiste en querer quitar lo que nos impide la libertad crítica del compromiso del seguimiento, por la ruta del bautismo servicial y no de las tentaciones, pero que lo quiere quitar de modo que se «quede con la cosa adquisita, de manera que allí venga Dios donde él quiere, y no determina de dejarla para ir a Dios, aunque fuese el mejor estado para él» (EE [154]).

Y es que la revelación es también una sacudida necesaria que rompa nuestra inveterada tendencia a amaestrar la realidad e incluso al mismo Dios, antes que el bloque monolítico de una visión acabada del mundo, del hombre y de Dios plasmada en un conjunto de verdades que debemos saber acerca de Él. Sería ésta una manera de objetivación del Misterio que nos hace perder lo que tiene de abarcante; pero hay todavía otra figura más de este escándalo que hemos dado en llamar teológico: la del tipo *lavatorio de los pies* (Jn 13,1-20: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?» [v. 6]), que consiste en proyectar sobre Dios las relaciones entre los hombres, hechas de admiración y envidia, como tan lúcidamente vio el Kierkegaard de *La enfermedad mortal*. La «admiración disimulada» que es la envidia se transforma en «admiración desgracia-

da» –o envidia vuelta contra uno mismo– en el escándalo. Es la estrechez de corazón del hombre, que no puede creer hasta qué punto puede llegar el amor de Dios para con él, que es incapaz de aceptar y recibir el regalo extraordinario que Dios le tiene destinado y ceder a dejarse servir por el mismo Dios en forma de esclavo, abandonándose felizmente (admiración) a Él en la adoración religiosa. No le puede caber en la cabeza porque le parece demasiado elevado para él –cohibido por ese mensaje–, y prefiere rechazarlo con todas sus fuerzas. Antes que soltar su orgullo y dejarse querer por quien tiene a sus pies suplicándole dejarse amar, opta por convertirlo en nada, en locura y contrasentido.

Y aún hay otro segundo escándalo que bien podría llamarse *axiológico*, por consistir en la eliminación de toda resonancia ética y religiosa de la fe. Nuestra capacidad de autoengaño es proverbial, mayor de cuanto estamos dispuestos a reconocer, como proverbial es también nuestra capacidad de creernos «a pies juntillas» el conjunto de justificaciones interesadas de nuestros actos. Es el escándalo por el que nos resistimos a la conversión, amansando la fe a nuestros intereses, miedos y deseos. Imaginemos lo que, según esto, sería una teología-ideología: discurso que los significa a ellos más que al Misterio insondable de Dios. Ya no sería la fe que nos interpela como es –«¡Sígueme!»–, sino como nos tranquiliza y, en el fondo, deseamos. Pero cuando se vacía de valor la palabra «Dios», y no se vive como estimable, en el acto ejercido y padecido de su estimación real, ya no estamos ante un valor; y una teología que eliminase ese componente de los datos de la fe ya no comprendería *teológicamente*: sería otra cosa. Por eso habrá siempre que hacer nuestra la oración con que Kierkegaard inicia la interpelante obra citada más arriba: «Señor, danos unos ojos de corto alcance respecto de las cosas que no valen nada, y unos ojos plenos de claridad para toda verdad tuya».



NOVEDAD

JOSÉ CARLOS BERMEJO
Inteligencia emocional.
La sabiduría del corazón en
la salud y en la acción social

200 págs.

P.V.P. (IVA incl.): 9,00 €

El saber emocional es imprescindible para ayudar a los demás, tanto en el mundo de la salud como en el de la intervención social. Difícilmente encontraremos un buen ayudante si no está familiarizado con la ternura del corazón humano, si no es experto en sí mismo, si no maneja la relación con flexibilidad y sabiduría. Cultivar la inteligencia emocional puede contribuir a nuestra felicidad y a dotar a nuestras relaciones de competencias para construir más fácilmente la humanidad que con la rigidez de la fría inteligencia intelectual.

LOS LIBROS

Recensiones

MORLA, V., *Lamentaciones*, Nueva Biblia Española, Verbo Divino, Estella (Navarra) 2004, 500 pp.

El proyecto ideado y comenzado por Luis Alonso Schökel hace ya 25 años (comentario literario-teológico de todos los libros bíblicos) sigue adelante. Su último fruto es este excelente comentario a un pequeño libro bíblico que consta de cinco composiciones poéticas y que, en palabras de un comentarista moderno, *proclama la increíble fe de Israel y la imprime con tinta indeleble en la práctica litúrgica del Judaísmo*.

El comentario se abre con una buena introducción al libro de las Lamentaciones. Como señala Morla, ella tiene como base un estudio anterior del autor, publicado en su obra *Libros Sapienciales y otros escritos*. Vale la pena, sin embargo, subrayar algunos de los elementos novedosos que la introducción presenta:

En más de una ocasión (pp. 20.24) el A. ofrece aclaraciones breves y claras sobre aspectos más técnicos, útiles para comprender el

desarrollo posterior que presenta. Un ejemplo es la referencia a la literatura y a la exégesis y a la relación entre ambas;

En las páginas 42-43 incluye un apartado titulado *Mito y retórica de la compasión*, en el que, en relación con el significado y propósito de Lamentaciones, defiende, por un lado, que éste es el paradigma del gran mitograma bíblico y de la autocomprensión mitológica del ser humano en cuanto tal y, por otro, que el libro contiene un léxico que pretende suscitar en el lector una actitud no sólo de comprensión, sino también de compasión.

Además de ofrecer datos de interés sobre el libro de las Lamentaciones (desde los más generales, como la naturaleza del libro, el lugar y la fecha de composición, hasta los más particulares: forma poética, género literario, uso litúrgico), Morla presenta con claridad qué pretende y qué significa el libro. Lo resumimos con brevedad en estas

frases: ¿es la destrucción de Sión (muerte) algo definitivo o puede esperarse una renovación (resurrección)?; dado que Yahveh no ha muerto, ¿cómo y cuándo reaparecerá con su oferta de salvación?

Un detallado y riguroso comentario a cada una de las cinco lamentaciones sigue a la citada introducción. Está realizado siguiendo un mismo esquema: división de cada lamentación en pequeñas unidades – observaciones textuales a éstas – comentario de todas ellas.

Como botón de muestra, unas referencias al significado de la tercera de ellas, probablemente el más complejo de los cinco poemas que componen Lamentaciones, debido a los desequilibrios en su estructura formal, pero ciertamente un poema muy rico en contenidos teológicos.

El orante de Lam 3 se siente atacado y maltratado por Yahveh, que ha destrozado sus dientes con guijarros y le ha revolcado en la ceniza, y presente que su existencia se precipita sin remisión hacia el abismo. Por eso le pide que recuerde sus desgracias del pasado, que aún se manifiestan en el presente. Precisamente el recurrir a Yahveh

hace que el orante salga progresivamente de su situación insostenible (en palabras del A., *de esa especie de narcisismo doliente que ataca a mucha gente agobiada por el dolor*). A ello contribuye el recuerdo de algo que contribuya a recuperar y hacer surgir de nuevo en él la esperanza. Lo más importante es que el poema presenta cómo el orante pasa (Lam 3,21), de esperar, a esperar en Yahveh (Lam 3,24); es decir, de cultivar la esperanza, a hacerlo en Yahveh. En el fondo, el orante está convencido de que, a pesar de lo que está sufriendo y padeciendo, es imposible que haya terminado todo entre Yahveh y él.

Tanto a estudiosos y especialistas de la Sagrada Escritura como a los que tengan interés por conocer más y mejor la Biblia les recomendamos la lectura y uso de este excelente comentario a un libro bíblico, en el que se presentan reflexiones sobre temas o aspectos teológicos tan importantes como la misericordia divina, la relación de Yahveh con su pueblo, la esperanza en medio de la destrucción, la memoria del pasado.

Enrique Sanz Giménez-Rico

SEBASTIÁN, Fernando, *La iniciación cristiana. Once Catequesis* (Dossier CPL, 102), Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2004, 118 pp.

J. Aldazábal presenta las *Once Catequesis* de Mons. Fernando Sebastián preguntando si es posible que ahora puedan imitar nuestros Obispos a aquellos Santos Padres,

como Teodoro de Mopsuestia, Cirilo de Jerusalén, Ambrosio de Milán o Agustín de Hipona, que en los siglos IV-V nos dejaron unas catequesis mistagógicas que ellos im-

partían en la semana de Pascua a los neófitos.

Este pequeño libro-folleto es una muestra de que al menos algunos de nuestros obispos los imitan... Sólo que ahora, en general, estas catequesis se ofrecen a los ya bautizados... y no en Pascua, sino en la Cuaresma, que nos da la ocasión de «reanimar» nuestra conversión y actualizar los sacramentos recibidos de pequeños.

De las once catequesis, las cinco primeras, dadas en una primera tanda, están muy directamente relacionadas con el Bautismo y presentan una gran coherencia. Las otras cuatro «casi repiten» aspectos ya tratados en el primer bloque. La relacionada con el sacramento de la Confirmación es como una pequeña exposición o descripción de lo que el Arzobispo ha encontrado en las celebraciones con los jóvenes que iban a recibir el Sacramento y algunas sugerencias para centrar bien esas celebraciones. La última, sobre la Misa Dominical, son unas reflexiones pastorales que, teniendo muy en cuenta la Exhortación *Dies Domini*, habla sobre el sentido de fiesta cristiana y agrupa en *tres bloques o círculos concéntricos* lo más esencial de la Eucaristía para meditar, profundizar y celebrar y vivir cada día, pero especialmente cada semana, el Memorial de la Muerte y Resurrección del Señor.

Sería una «temeridad» por parte del que hace esta reseña poner reparos a Mons. Sebastián en lo que ofrece como contenido, ya que es un Pastor y teólogo reconocido. No

podemos menos de reconocer ese contenido profundo, sugestivo en su lenguaje, coherencia y actualización a nuestras vidas, e insisto sobre todo en las cinco primeras. Igualmente los tres «círculos» o bloques referidos a la Eucaristía. Como catequeta, sin embargo, sí me siento, de alguna forma, «libre, a la vez que obligado» a hacer unas advertencias o simplemente indicaciones en tres aspectos, algunos de ellos muy obvios:

1. El Contenido. No es «contenido y programa» suficiente para un proceso catequético, ni de niños, ni de jóvenes, ni de adultos, que podría ser considerado como una completa «Iniciación Cristiana». El hecho mismo de presentarlas como catequesis mistagógicas ya indica la «limitación» de contenido, pues, como en el catecumenado antiguo, deben ir precedidas de todo un trabajo e itinerario anterior.

En la catequesis sobre la Confirmación, él mismo señala (cf. p. 93) que convendría tener en cuenta las indicaciones de nuestro Directorio para la Iniciación cristiana, para recibir el Sacramento de la Confirmación... A ello habría que añadir, en síntesis, diferentes aspectos o núcleos que expone bastante ampliamente el Catecismo y que no están recogidos en estas catequesis. Con lo que terminaría reconociendo y valorando muy positivamente lo expuesto en estas catequesis, pero advirtiendo el trabajo personal de catequistas y sus coordinadores en vistas a llevar a cabo un verdadero proceso catequético.

2. Pedagogía-metodología. He reconocido el lenguaje sugerente, significativo y actualizado de estas catequesis. De alguna forma, ya estoy valorando un talante, un estilo, que me atrevería a calificar ya de pedagogía relacional muy positiva. Pero es la misma exigencia de una pedagogía de la fe y diferenciada la que nos indica y obliga a tener muy en cuenta a los diferentes destinatarios en su evolución biológica, psicológica, intelectual y contextual... Ello requeriría que ese lenguaje, ese talante, se adaptara a esos distintos destinatarios y derivara de ahí una o, mejor, unas metodologías variadas, activas, participativas.

3. Etapa de Precatequesis-precatecumenado, o acción más evangelizadora o misionera. La simple lectura de estas catequesis

nos hace «sentirnos» en un clima más bien de iniciación cristiana, en un ambiente en el que se respira un «aire» en el que el humus religioso-cristiano está tan presente... La realidad de nuestra sociedad, donde se mueven nuestros catequizandos (adultos, jóvenes, niños) no respira ese aire, sino otro que, generalmente, no ayuda, sino que está lleno incluso de prejuicios, críticas, etc. Por algo desde el Papa hasta el último educador cristiano hablan de necesidad de evangelización, de nueva evangelización, de acción típicamente misionera que abra el camino a una realidad más catequética y de profundización de la fe..., aunque puedan y deban estar siempre en relación, vamos a llamarle, dialéctica.

Celestino Mendieta

BERMEJO, José Carlos – BELDA, Rosa María, *Salud y sexo. Humanizar la sexualidad*, San Pablo, Madrid 2004, 172 pp.

Un título como éste, en un libro de una editorial especializada en temas religiosos, genera a priori un gran número de interrogantes. ¿Qué planteamiento se utilizará para acercarse al sexo: médico, moral, psicológico, autoayuda...? ¿Enlazará con lo cristiano de algún modo?, ¿cómo? ¿Abordará temas espinosos tales como las relaciones fuera del matrimonio, el celibato, la homosexualidad, la masturbación, etc.?

Antes de intentar responder a estos interrogantes, digamos que el

libro está escrito por *José Carlos Bermejo*, cuya reseña le identifica como religioso camilo, doctor en teología pastoral sanitaria y master en bioética, y por *Rosa María Belda*, licenciada en medicina, master en bioética y madre de familia (éste último, un título de grado superior, especialmente en los temas considerados). El libro pertenece a la colección *Salud y Vida* y está organizado en tres partes: «Sexualidad y Felicidad»; «Ética, Religión y Sexualidad»; y «Sexua-

lidad y Relación de Ayuda»; y cada una de las partes contiene capítulos cortos, hasta un total de 27.

El libro se articula fundamentalmente alrededor de la sexualidad, tomando ésta en un sentido muy amplio que incluye cuerpo, mente, sentimientos, aspectos sociales, etc. Resulta curioso –y quizá valiente– que tanto el título como el texto eviten la palabra «amor», que está implícita en algunas partes, pero que no se asume como el único ámbito en el que la sexualidad es posible o deseable. El libro está escrito en primera persona, desde un planteamiento mayormente experiencial, compartiendo deseos, proyectos, emociones (expresadas a veces con un lenguaje poético cercano al del *Cantar de los Cantares*). No es un libro centrado en problemas y sus soluciones, sino que la exposición tiene un marcado tono positivo. Evita aspectos médicos (la salud a la que alude el título no es la física), y en momentos aborda lo psicológico y lo moral, aunque cabe achacarle imprecisión en los términos, sobrecargando palabras como «sexual» con tantas facetas... que a veces es imposible concretar a qué se está refiriendo. Los capítulos no se desarrollan a partir de una teoría estructurada, sino que ofrecen a veces unas notas sintéticas que sirven de punto de partida hacia una reflexión que pretende mover al lector a su propia reflexión y disfrute. No resulta, pues, un libro de referencia, sino un libro para la lectura en clave personal, lectura de la que pueden surgir pistas para ex-

presar ideas, críticas, experiencias, etc., que a veces intuimos, pero que no nos es fácil formular.

¿Dónde aparece lo cristiano y cómo? Parte del libro está dedicada a releer de forma conjunta experiencia sexual y experiencia espiritual, y a proponer la sexualidad como canal de comunicación con Dios, partiendo de la tradición de la Biblia de utilizar la sexualidad como metáfora de la relación con Dios. Por otro lado, aborda también cuestiones tales como el modelo de moralidad para la sexualidad basado en la ley natural que aplica parte de la Iglesia, la homosexualidad, o la sexualidad en la discapacidad. Estas cuestiones morales se abordan con una amable divergencia con respecto a las posturas más ortodoxas, sin entrar en sesudas consideraciones. Resulta central en el tratamiento de la moral sexual que se desprende del libro el énfasis en evitar la culpabilización de lo sexual. Otro punto de referencia en esta línea es la vivencia vocacional de la castidad, cuyo desarrollo, en mi opinión, no resulta ser ni excesivamente claro ni convincente.

El libro dedica especial cariño a la vivencia de lo femenino, que desvela la experiencia de unos escritores (y supongo que especialmente la escritora) que han vivido en una gran asimetría hombre-mujer en la vivencia de la sexualidad y en los valores que se articulan en torno a ella. Por eso se hace patente en varios lugares la reivindicación de lo femenino para ambos sexos, con conceptos como la ternura,

el derecho a ser vulnerable y la atención a lo vulnerable, la valoración de lo efímero, que queda muchas veces en manos de la mujer, etc.

El resultado es un libro agradable de leer, que no aporta grandes revelaciones, pero que facilita la evocación de experiencias propias o el acceso a experiencias en las que todos nos podemos sentir iden-

tificados que no son propias. Si bien los laicos nos quejamos con frecuencia de que las reflexiones sobre temas sexuales sean construidas por personas que por su particular vocación no siempre gozan de poder integrar en ellas su propia experiencia, es justo decir que en este caso el libro consigue un equilibrio entre utopía y realidad.

Alberto García Martínez

SESÉ, Bernard, *Edith Stein*, San Pablo, Madrid 2004, 166 pp.

El libro de bolsillo que la editorial San Pablo editó el año pasado sobre *Edith Stein* está escrito por el profesor de la Universidad de París Bernard Sesé, autor de biografías como San Agustín, San Francisco de Sales... y otras. Con esta obra, el autor relata la vida de esta mujer que vivió entre 1891 y 1942 en Alemania y fue canonizada con el nombre de Santa Benedicta de la Cruz, como copatrona de Europa junto a santa Brígida de Suecia y santa Catalina de Siena, por el papa Juan Pablo II.

La descripción que nos hace Bernard Sesé de esta santa va al centro de su persona. Nos describe de forma sencilla cómo Edith Stein va a descubrir su vocación de religiosa del Carmelo integrando fe y vida en su persona. En primer lugar, con su conversión al catolicismo, que la lleva a romper con la religión judía en la que había sido educada. Además, complementará su experiencia religiosa con su reflexión filosófica. Fue discípula de

Husserl, padre de la fenomenología —el movimiento filosófico que más ha influido en la historia de la filosofía posterior—, y nunca olvidará sus raíces y vivirá en propia carne el horror de los campos de concentración, donde murió junto a su hermana Rosa en una cámara de gas.

El autor complementa su presentación con cuadros explicativos sobre personajes relevantes en la vida de Edith Stein, sobre todo religiosos, y su contexto histórico-vital. Se hecha en falta un pequeño esbozo sobre el trabajo intelectual de esta santa en relación con la fenomenología. Aunque aparece al final del libro una interesante bibliografía adicional sobre la obra de la autora y los estudios sobre su persona y su pensamiento.

Finalmente, sí deja bien claro que la vida de Edith Stein es un modelo de seguimiento de Jesús en su camino de cruz. Tanto su testimonio como su obra filosófica nos invitan a descubrir la levedad del sufrimiento. «La Ciencia de la Cruz»

es el paso del ser finito al ser eterno, que es la materia con que Dios ha creado al Hombre. Este pensamiento filosófico se hace realidad en la persona de Edith Stein, quien dijo al ser arrestada: «*Venga, vamos por nuestro pueblo...*». He aquí claramente expresado el mensaje cristiano: la universalidad de Cristo, que vino a salvar a todos los hombres sin excepción de creencia o visión del mundo.

Edith Stein es, junto a otros pensadores de la primera mitad del siglo XX, una de las pioneras del giro antropológico de la teología.

Propulsora de una renovación en la Iglesia, impulsa a buscar la identidad del *ethos* femenino sin caer en extremismos. Su vida es ejemplo del amor reconciliado.

En definitiva, Bernard Sesé nos acerca el personaje desde su vida interior. Este libro no es sólo una biografía, sino que también muestra un camino para superar los avatares de la vida. Es recomendable por su fácil lectura para todo aquel que este interesado en descubrir cómo hacer el sufrimiento liviano a la luz del Evangelio.

Marta Sánchez

MERTON, Thomas, *IncurSIONES en lo indecible*, Sal Terrae, Santander 2004, 176 pp.

Thomas Merton (1915-1968) es personalidad conocida: monje trapense nacionalizado norteamericano, de gran producción literaria en temas de espiritualidad, diálogo interreligioso, con un claro compromiso con las situaciones críticas del ser humano en el mundo. Su testimonio de vida y sus publicaciones han hecho de él un testigo.

Nos encontramos ante una obra cuando menos original, muy original. De hecho, a decir del mismo Merton, es uno de sus libros preferidos. La originalidad de la que hablamos le viene desde distintos ángulos. En primer lugar, del título, que el mismo autor comenta en su prólogo y que dejamos a quien lea el gusto de descubrirlo. En segundo lugar, por su aparente «disparidad interna»: por la diversidad de temas

y géneros literarios que utiliza, por su lenguaje místico y provocador, plagado unas veces de mágicas descripciones o de exabruptos que nos sacuden de nuestros cómodos prejuicios. Los capítulos son independientes y tienen en común que hacen pensar en... «lo indecible» y su inmenso desafío a la esperanza. Finalmente, y como nota característica, el mismo Merton «ilustra» la obra con lo que él llama «*graffiti*», una serie de dibujos abstractos para los que pide significación abierta y un puesto en el mundo como otra forma de expresión del autor, de manera que puedan «existir por derecho propio, trascendiendo toda interpretación lógica» (p. 176).

La obra que comentamos consta de trece breves capítulos independientes, precedidos por un curioso

«prólogo» (*Consejo del autor a su libro*) y concluidos por unas *Notas sobre los dibujos del autor* a propósito de los signos que han venido ilustrando –en la presente edición– el paso de un capítulo a otro. Cada epígrafe contiene una reflexión independiente: *La lluvia y el rinoceronte*; *A cada cual su tiniebla*; *El tiempo del fin es el tiempo sin sitio*; *Lecturas de Ibn Abbad*; etc.

«IncurSIONES en lo indecible» podríamos decir que juega con el lector: unas veces subyuga; otras, desconcierta; otras, obliga a leer de nuevo el texto; otras, hace que se queden dentro un rato sus palabras, dando vueltas para encontrar su sitio; otras, silencia el corazón y ayuda a contemplar. A través de todo ello, Merton nos conduce, a veces por sinuosos caminos, a reflexionar sobre las grandes cuestiones de la vida y de la muerte, de Dios y la humanidad en esa realidad concreta que somos cada uno de nosotros en el tiempo en el que nos encontramos. «IncurSIONES» es un grito, a veces desgarrado, a la esperanza, a una esperanza llamada a trascender lo Indecible, a ir más allá de todo lo

que no nos atrevemos a decir –el vacío que sostiene nuestros sistemas– porque resultaría desestabilizador.

Podemos leer sin más, y seguirá siendo jugosa la lectura, pero capturemos más si sabemos con quién o quiénes dialoga el autor en los capítulos que tienen interlocutores con nombre propio: Ionesco, Flannery O'Connor, Prometeo, Adolf Eichmann, Ibn Abbad...

Como valoración final, me permito transcribir unas palabras del *Consejo del autor a su libro*: «Tú (el libro) no eres bastante mayor como para acusar eficazmente a toda tu época, pero digamos que estás en discrepancia. No estas en una situación como para dar órdenes, pero puedes decir palabras de esperanza. ¿Ha de ser ésa la sustancia de tu mensaje? Ser humano en la más inhumana de las épocas; guardar la imagen del hombre, pues es la imagen de Dios (...). Pero no esperes hacerte muchos amigos. En cuanto a lo Indecible, su presencia implacable no se va a sentir inquietada por un pequeño como tú» (p. 15).

M^a Ángeles Gómez-Limón

RICCARDI, Andrea, *Dios no tiene miedo. La fuerza del Evangelio en un mundo cambiante*, San Pablo, Madrid 2004, 268 pp.

Desde la experiencia de las Comunidades de San Egidio –siempre presentes en los problemas más acuciantes de nuestro tiempo–, Andrea Riccardi, miembro fundador y profesor de Historia del Cristianismo en la Universidad Terza de Roma, afronta en este libro el

reto de revisar y defender, sin reparos y con profunda convicción, la fuerza del testimonio de la Iglesia en el mundo de hoy. En este sentido, el título puede «descolocar» a quien se acerque a la lectura pensando encontrar una reflexión teológica acerca del temor de Dios en

todas sus variantes. Se trata más bien de una invitación al ánimo y a la esperanza sustentada en la presencia viva y activa de los creyentes que la cultura del secularismo no logra ahogar.

En palabras del mismo autor, «la pregunta sobre qué significa hoy ser cristiano es la columna vertebral que recorre todos los capítulos del libro» (p. 5), ya que el mundo moderno se ha vuelto especialmente agresivo y desafiante. Las continuas transformaciones que sufre la cultura, la imposibilidad de llegar a acuerdos de carácter universal y perdurable, la convivencia con personas de convicciones religiosas de distinto signo, etc. están haciendo emerger un sentimiento de miedo, de inseguridad y de irrelevancia de las propias creencias, difícil de combatir. El Evangelio, acostumbrado a dejarse confrontar por los diferentes entornos con los que ha tenido que convivir, ha puesto a prueba en numerosas ocasiones su validez y su carácter misionero. Nadie puede dudar de su capacidad para afrontar las situaciones más terribles e inverosímiles que se puedan plantear. La estela de los nuevos mártires del siglo XX, poco conocida y, como consecuencia, poco valorada aún, es la prueba más fehaciente de la fuerza del Evangelio. Esta idea central –que empapa las páginas de toda la obra– constituye el punto de arranque desde donde el autor subraya los puntos fundamentales sobre los que debería girar la vida de la Iglesia para manifestar el vigor del compromiso cristiano. En

la vida y muerte de los mártires queda especialmente patente que el miedo no tiene la última palabra. Olvidar a quienes lo han entregado todo sería equivalente a perder la memoria del amor.

Riccardi no sólo no encuentra motivos para el desánimo en desafíos de envergadura como el diálogo interreligioso, la apuesta cristiana por la universalidad y el irrenunciable carácter misionero de la Iglesia. La historia –materia en la que asoman sus amplios conocimientos– nos muestra que la Iglesia sabe leer los signos de los tiempos no sólo como problemas, sino también como grandes oportunidades para seguir creciendo.

La Eucaristía como memoria y demanda de amor, la pobreza como estilo inconfundible del discípulo de Jesús («un pobre que ama a los hombres», según la definición de Simeón el Teólogo que el mismo Riccardi recoge) y la presencia de los excluidos –en especial los enfermos, que deberían ocupar un lugar preeminente en toda comunidad cristiana– tendrían que convertirse en las señas de identidad de la vida eclesial.

Se trata, por tanto, de un libro realista y esperanzado al mismo tiempo, con el estilo ameno y claro que caracteriza a un autor que ha sido candidato al Premio Nobel de la Paz por su papel mediador en numerosos conflictos políticos, y que cuenta ya con un reconocido prestigio internacional.

M^a Dolores L. Guzmán

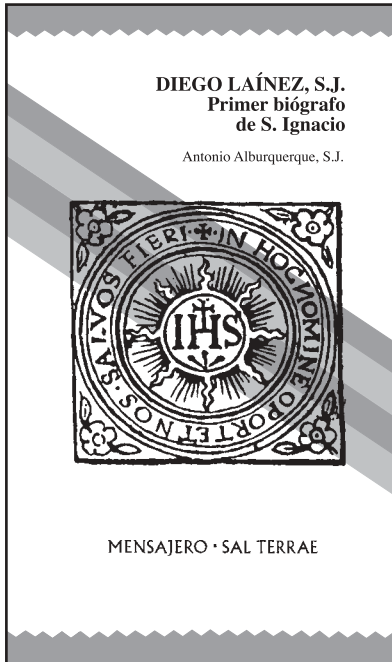


NOVEDAD

ANDRÉ FOSSION
Volver a empezar.
Veinte caminos
para volver a la fe

136 págs.
P.V.P. (IVA incl.): 7,00 €

Muchos de nuestros contemporáneos se han alejado de la tradición cristiana, y hoy, sin desear volver atrás, prosiguen su camino con la esperanza de redescubrir en toda su novedad y con toda su libertad lo esencial de la fe. ¿Y si fuera cierto todo lo que Lucas, Mateo y demás escribieron hace veinte siglos y que ha sido tan deformado por el miedo, la violencia y el ansia de poder...? Estamos asistiendo al final de un cierto tipo de cristianismo, pero no al final del cristianismo. Es más bien un tiempo de germinación y nuevo comienzo. Un tiempo de esperanza.



NOVEDAD

ANTONIO ALBURQUERQUE
**Diego Laínez, primer
biógrafo de San Ignacio**

256 págs.

P.V.P. (IVA incl.): 20,00 €

Del P. Laínez decía San Ignacio que era a quien más debía la Compañía de Jesús, incluido Francisco Javier. Juntamente con Salmerón, fue enviado a Trento como teólogo pontificio. Cuando Ignacio intentó sacarlo del Concilio y sustituirlo por Nadal, recibió esta comunicación de Salmerón: «Dos o tres sustitutos de Laínez no harían el trabajo que éste hace en el Concilio ni contribuirían tanto como él al prestigio de la Compañía». Este libro recoge y comenta dicha carta, juntamente con el llamado *Sumario Hispánico* de Polanco, escrito al año siguiente a la vista del relato de Laínez.

[' m a g i s]

**JORNADA MUNDIAL DE LA JUVENTUD
– COLONIA 2005 –**



**PROYECTO [' m a g i s]
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS**

[' m a g i s] es el proyecto ignaciano previo a la XX Jornada Mundial de la Juventud de Colonia. Es una mezcla entre peregrinación y Ejercicios Espirituales en grupo. 3000 jóvenes de más de 20 países se pondrán en camino durante una semana, divididos en 100 grupos internacionales.

[' m a g i s] comenzará el 8 de agosto en 12 ciudades alemanas, donde se organizarán los grupos internacionales de peregrinos. Cada grupo vivirá su experiencia hasta el 13 de agosto, día en que se encontrarán todos los grupos en Loreley, a orillas del Rin. El domingo 14, el P. General de la Compañía de Jesús, P. Peter-Hans Kolvenbach, se unirá a los jóvenes con la celebración de una Eucaristía. Al día siguiente, los participantes viajarán en barco a Colonia para participar en el Programa de la Jornada Mundial.

[' m a g i s] está dirigido a jóvenes de 18 a 30 años. Si deseas más información, ponte en contacto con el coordinador español, Javier Ruiz-Seiquer, SJ: <magis2005@jesuitas.es>
Para más información, puedes consultar:

<http://www.magis2005.de>

<http://www.wyd2005.org>